

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Marzo 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✎ Precio 0'70 NF - N° 780-75

F. DOMELA NIEUWENHUIS

LA ECLOSION DE LAS VOCACIONES

La Naturaleza proporciona a los niños gustos generales que presiden maravillosamente la eclosión de sus vocaciones individuales, de las cuales citaremos algunas de las más distinguidas: 1a.) El huronismo. 2a.) La expansión ruidosa. 3a.) El monismo. 4a.) El miniaturismo industrial. 5a.) El entrenamiento progresivo.

1a.) *El huronismo.* Es la predisposición a meter mano en todo, a visitar y recorrer todo. Desde la primera infancia el niño se entrega ardentemente a las novedades. Con frecuencia los padres dicen: «El pequeño manosea y revuelve todo», considerando ello un vicio y degenerando en motivo de reprimendas y de lágrimas para el novato y de desolación para los progenitores. Por nuestra parte nos limitamos solamente a fijar el hecho, pues la inclinación infantil anotada es innegable que existe.

2a.) *La expansión ruidosa.* Es el gusto por el alboroto, otro motivo de disgusto para los padres. Hay infinidad de niños inclinados a producir ruido por el sólo placer de oírlo. Si a esto se le quiere llamar vicio, sea; mas lo cierto es que la causa existe.

3a.) *El monismo.* Gusto que se nota generalmente en todos los infantes, tal vez a causa de un lejano atavismo. Los niños lo imitan todo en sus juegos; puede decirse que lo que ven hacer tratan de hacerlo por sí mismos. Puede comprobarse que en el niño prende un cierto contagio del trabajo, extensible a toda la escala de edades juveniles. Se ha descubierto esta predisposición importante del educando, y ahora, advertidos, empezamos a aprovecharla. Pensad solamente en el trabajo de Sloyd.

4a.) *El miniaturismo industrial.* Los niños quieren convertir en miniatura todo lo que ven, siendo felices cuando se les ofrece un pequeño ajuar, o pequeños armamentos, o coches, sierras, palas, carritos de labor, etc. Con ello se divierten y trabajan jornadas enteras, demostrando una paciencia sorprendente trabajando a su libre albedrío.

5a.) *El entrenamiento progresivo.* Es el fuerte que induce al débil. Cada pequeño imita a su mayor. El educando se crece a sus propios ojos osando jugar con un compañero de la clase superior. Es curioso observar como un grupo de niños de cuatro años, por ejemplo, es más arrastrable por un grupo de amigos de cinco años que por otro de doce. Parece que la distancia de cuatro a doce años sea demasiado grande. Los niños de cuatro años sienten la necesi-

FERNANDO DOMELA NIEUWENHUIS, pensador y moralista holandés, nació en Utrech en mayo de 1846, muriendo a fines de 1919 tras haber llevado una existencia ejemplar y de sacrificio. En ocasión del cuarenta aniversario de su fallecimiento nuestros amigos holandeses le dedicaron una Exposición recordatoria en el Museo Fodor de Amsterdam, con edición de un catálogo-biografía de presentación lujosa y precioso contenido bio-bibliográfico. A su vez nuestro estimado y docto compañero Hem Day, de Bruselas, ha dedicado al sabio y humanista Domela la mitad de su cuaderno trimestral «Pensée et Action», valorizándolo con documentación copiosa y escritos alusivos. Por nuestra parte, conservando el derecho de ocuparnos de nuevo de la figura y del pensamiento de Domela, nos cumplimos hoy dando a conocer uno de los textos relevantes del malogrado maestro holandés.



F. Domela Nieuwenhuis

dad de imitar a los niños de cinco, y lo hacen. Pero en el caso anterior comprenden instintivamente la inutilidad de sus esfuerzos, y renuncian.

Estas cuatro cualidades —que generalmente se consideran otros tantos defectos— representan para nosotros la eclosión de las vocaciones, y, aunque escasamente apreciadas por los pedagogos, hallamos en ellas la posibilidad de un inicio de educación verdadera. En nuestro sentido es grave falta yugularlas.

Vaucanson fué en su juventud un chaval que desgarró sus rudimentos y estudió muy poco la gramática. De niño su madre lo condujo a casa de su confesor, y durante el rato que ella estuvo con éste Vaucanson quedó solo en la antecámara aburriéndose. Su atención se fijó en un reloj cuyo péndulo marcaba monótonamente los segundos, y como su madre no aparecía, empezó por parar el péndulo, a ponerlo de nuevo en marcha, y, en suma, cuando su madre apareció había examinado el mecanismo y desmontado el mismo para descubrir sus secretos. La madre tuvo que excusar al hijo.

El joven Vaucanson cogió, con esa su hazaña, gusto a la mecánica, y pronto construyó un reloj por su cuenta, convirtiéndose, años mediante, en el primer mecánico del mundo.

El ejemplo de Vaucanson es brillante por haber llegado a célebre; pero la vida común revela cada día ejemplos análogos. «Ab uno disce omnes».

He aquí un ejemplo de huronismo, esa pasión que atrae a los niños hacia los diferentes objetos de actividad general, en los jardines, en los talleres, en los grupos de compañeros mayores ya ardientes para sus pequeños trabajos.

La expansión ruidosa les divierte y apasiona. El aspecto de las pequeñas herramientas hábilmente manejadas por sus compañeros les estimula y encanta. El ardor alegre y bullicioso de los talleres infantiles les seduce.

El secreto de la educación consiste en desarrollar las vocaciones y en despertar en los niños vivaces y ascendentes ambiciones. En vez de asfixiar los gustos, hay que excitarlos; en lugar de regañar a los pequeños, precisa rodearlos de estímulos industriales. En una palabra, el verdadero sistema de educación, individual y social, consiste en crear un medio exterior en armonía perfecta con las maneras de ser individuales de los seres, sobre los cuales esa educación debe operar con todo su poder efectivo.

Todavía el problema de la cerámica ibérica

III — EL NORTE Y EL ESTE DE CATALUÑA

a) Emporion y L'Aigueta

LOS hallazgos ibéricos de Cataluña, especialmente los conocidos desde hace mucho tiempo, ofrecen problemas difíciles de resolver y, entre ellos, el de las fechas de ciertos vasos de Emporion que, como los de Archena en el SE. de España, han sido el punto de partida para tratar de rebajar las admitidas hasta ahora.

Ante todo, el problema del llamado vaso Cazorro — del nombre antiguo de su propietario — con una escena de caza, encontrado en la necrópolis griega de Emporion, sin que se conozcan los objetos que pudieran estar asociados con él (82). Carpentier lo había comparado con los vasos jónicos y lo había fechado muy alto (83). Almagro lo cree del siglo IV (84). El estilo — si se renuncia a compararlo con el de los vasos jónicos del siglo VI — podría en nuestra opinión hacer pensar en influencias de la cerámica ática de bastante atrás en el siglo V y en todo caso se trataría de algo muy distinto de los vasos «berroquizantes» que en Oliva y Liria fechamos en el siglo IV, pareciendo más sencillo y clásico como los del grupo más antiguo de Liria (85) que Ballester compara con la cerámica de figuras negras. En Cataluña habría acaso otro indicio para fecharlo en un fragmento del poblado de Ilduro (86), cuya representación de un ciervo puede compararse con la del vaso Cazorro y que allí podría asociarse acaso con un fragmento ático de figuras rojas de muy buen estilo, cuya fecha no puede colocarse lejos de 450. Es posible que esta fecha sea la del vaso Cazorro.

Hay también el vaso de L'Aigueta cerca de Figueras (87) en la provincia de Gerona, no lejos de Emporion, del mismo estilo clásico de Archena-Elche, como el del kálathos o «sombrero de copa», reconstruido con varios fragmentos encontrados en una casa de la colonia griega y que Castillo llama el kálathos del águila, aunque el ave en él representada nos parece mejor un pájaro de espe-

cie difícil de determinar y no precisamente un águila. Tanto el vaso de L'Aigueta como el de Emporion se suponían del siglo V.

Castillo, estudiando los fragmentos de Emporion del kálathos del águila (88) después de revisar muy detenidamente los viejos diarios de las excavaciones de Emilio Gandía cree poder fecharlo en el siglo III, lo mismo que un fragmento con un ciervo bastante toscos, también de Emporion, mientras que otros fragmentos con decoraciones florales — bastante distintas de las del SE., y de la misma colonia griega — serían del siglo IV. Esta cronología serviría, en opinión de Castillo, para plantear la del estilo «clásico» de Archena-Elche y la necesidad de rebajar las fechas tradicionalmente admitidas.

Nosotros no creemos que esto sea concluyente. Los hallazgos de la cámara emporitana, donde apareció el vaso del pájaro, calificados de «helenísticos» es posible que deban hacerse remontar hasta el siglo IV, y en cuanto al vaso, reducido a pocos fragmentos, puede pensarse que fué utilizado durante largo tiempo, siendo por lo tanto imprecisa la cronología que se obtenga a base de los hallazgos de la cámara, por lo que la fecha de fabricación pudo muy bien ser el siglo V, al igual que la del vaso de L'Aigueta.

En cuanto a los fragmentos con decoraciones florales, los resultados de Castillo parecen concluyentes. Un fragmento con hoja de yedra, de perfil muy correcto, y otros con guirnalda de hojas muy sencillas (89) parecen asociarse con cerámica ática de figuras rojas, de fines del siglo V (un fragmento de kylix con una figura humana y otros con guirnalda de hojas simples) van con cerámica ática de la primera mitad del siglo IV. Por fin, junto con ésta última se hallaron un fragmento ibérico con una bella guirnalda de grandes hojas de yedra, de contornos muy rectilíneos (9), y otro que parece tener la hoja de yedra; exenta «de las decoraciones típicas del grupo del S. de Cataluña, sobre todo de Sidamunt y que sería del siglo III.

La hoja de yedra de perfil correcto parece relacionarse con las del estilo «clásico» de Archena-Elche, que continúan en los vasos de Oliva y Liria, que inician la evolución del gran estilo que nosotros colocamos en el siglo IV, pudiendo por lo tanto ser en Emporion de fines del siglo V, lo mismo que el principio de las guirnalda de hojas simples — que también tienen paralelos en el estilo «clásico» de Archena y que en Emporion continúan en el si-

glo IV, al que pertenecen las hojas de yedra, grandes, de perfil rectilíneo. Las hojas «exentas» y el fragmento con el ciervo de dibujo toscos serían, de acuerdo con Castillo, ya del siglo III y tienen paralelos también en la degeneración del estilo en el SE.

En un corte estratigráfico practicado en el jardín de una casa de la ciudad alta helenístico-romana de Emporion, Almagro (91) encontró un fragmento con la decoración de las alas de pájaro parecidas a las del estilo degenerado de Archena-Elche, que pertenecería a un momento bastante tardío de la evolución de la cerámica del sudeste, asociado con fragmentos de cerámica barnizada de negro que el autor fecha a fines del siglo II o a principios del I a.d.n Era. Ello estaría de acuerdo con nuestra cronología del SE., pero en ningún caso puede utilizarse para rebajar esta última.

P. BOSCH GIMPERA

(82) Reproducido por García y Bellido en *Ars Hispaniae*, I, página 275, fig. 354; García y Bellido, *Art. Ib.*, y por Bosch, *Pobla-*



Emporion: «vaso cazorro»

miento, lám. LIN, y en otros lugares.

(83) Carpenter.

(84) Almagro, *Estado actual*.

(85) Ballester, *Influencia griega*.

(86) Ribas, *Ilduro*, figura 12 y lámina IX a.

(87) Reproducido por Bosch, *Etnología*, página 387, fig. 352.

(88) Castillo, *La cerámica ibérica de Ampurias*.

(89) Castillo, *La cerámica ibérica de Ampurias*, García y Bellido, *Arte ibérico*.

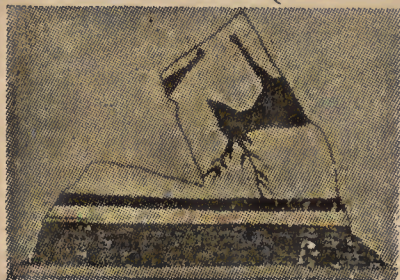
(90) Castillo, *Cerámica ibérica de Ampurias*, García y Bellido, *Arte ibérico*.

(91) M. Almagro, *Dos cortes estratigráficos con cerámica ibérica en Ampurias* (Congreso Sudeste, capítulo III).

NOTA DE ARTE



Estampa parisina, por Fujita



Ilduro (Monte Burriach)

Reflexiones sobre Dios y la Muerte

Al viejo amigo León Felipe

COMPRENDEMOS que cuando uno tiene más en el otro barrio que en éste se le vengañ encima una serie de prevenciones, de quimeras, de inquietudes, acerca de lo que puede ocurrir en el traspaso. Estos problemas, según pensamos, tienen sus orígenes cuando la edad o la enfermedad anuncian que uno dejará de figurar pronto en el mundo de los vivos. Tal vez la primera visión de la muerte sea una consecuencia del amortiguamiento del instinto genésico. Es decir, que a medida que el sexo va perdiendo sus atributos adquiere mayor intensidad y fuerza el sentido de la muerte.

Quiérase o no, el traspaso del ser al no ser, o si se quiere la evolución o involución del ser pensante en materia inerte, no deja de preocupar a todo bicho viviente cuando comprende que se acerca el final del viaje. El hombre «sapiens» es un animal demasiado enfático y presuntuoso para resignarse a que su destino pueda ser equiparado, tenga el mismo desenlace al de la compañera Vaca o al del compañero Mono...

Esta inconformidad, este anhelo de perpetuarse, es la causa y origen de todo un arsenal de filosofías, teologías, lucubraciones, delirios y hasta alucinaciones para fabricarse una supervivencia, para que su ser terrenal no desaparezca del todo. La inexorabilidad del aforismo «polvo eres y polvo serás», a pesar de su inmutable persistencia y de su indestructible realidad, es cosa que no place, que se acepta con violencia, buscando siempre la posibilidad de una salida que satisfaga más los deseos, ensueños y quimeras que el hombre persigue.

¿Y cómo iba a conformarse a su desaparición absoluta un poeta, un verdadero poeta? ¿Por qué no puede tener la ilusión de fabricarse su pedacito de cielo? ¿Acaso la búsqueda, la duda, la edificación de mundos quiméricos, el afán indomeñable de eternidad, no son verdaderas esencias poéticas? ¿Y no entra también en los auténticos valores poéticos, por lo que tiene de mito, de ensueño, de misterio, el deseo de encontrar a Dios, de hablarle de tú, de increparle, de discutir su obra, de apostrofarle, o bien de caer rendido a sus pies humilde, suplicante, entregado a su devoción y adorarle con fervor absoluto? Por algo es un tema eterno.

Para eso nada importa que Laplace haya dicho, hará ya unos dos siglos, al interrogarle el por qué no mencionaba ni una sola vez el nombre de Dios, exclamara: «No he tenido necesidad de tal hipótesis». Tampoco importa que cuantos investigan actualmente el mundo austral ni por asomo hayan hallado el menor rastro del imperio de las almas puras, de la región donde moran los ángeles. Nada afecta la cuestión el hecho de que los «sputniks» y los «luniks», en sus grandes vuelos as-

trales, no hayan tropezado ni una sola vez con el reino de Dios.

En realidad, el mundo de la ciencia y el mundo de la poesía son dos mundos distintos. La poesía convertida al razonamiento, a los problemas científicos, a una estructura lógica, tiene que dar como resultado una cosa amorfa, fría, deshumanizada. Dejemos que el poeta crea según su imaginación, su ensueño, su fantasía...

Alguien ha dicho «un poeta es como una flor: el mejor soplo puede, a su capricho hacerlo cantar o gemir». Además, la verdad es también cosa mudable. Lo que

prevalencia a los treinta años puede muy bien ser rectificado a los setenta. Los ojos, cansados no ven las cosas con la misma intensidad ni con igual claridad que los ojos frescos y juveniles. De ahí que lo esencial para el poeta sea reflejar a cada momento de su existencia lo que anida en su mundo interior, que sea sincero consigo mismo, que exprese, contradiciéndose o no, sus sentimientos, su verdad, sus ilusiones, o quimeras, en el momento de vaciar en el papel su obra poética.

Todo menos el encasillado, la consigna fría, el trabajo de encargo, el convertirse en un eco, el deseo de complacer al público o de secundar los mandatos del partido... ¿Puede ser eso poesía? Dejemos al poeta libre, suelto, espontáneo, como los pájaros, como el aire, como la luz... ¿Qué importa que ora exalte a Dios y ora defienda al Diablo? Allá él con su fantasía, con sus dudas, con sus vacilaciones, con sus rebeldías o mansedumbres, con su interpretación de la belleza, con la idealización de las cosas, del hombre, de la Naturaleza y de cuanto nos circunda.

Al fin y al cabo, las aportaciones más o menos perdurables serán aquellas que tengan valor, que penetren en lo íntimo del hombre, que hayan sacudido sus fibras, que le hayan hecho pensar y sentir. En el caso concreto de León Felipe nuestro agradecimiento, nuestro aprecio, tiene su raíz, precisamente, en estos momentos que,

a través de su conversación o de la lectura de sus poemas, nos hemos desprendido un poco de nuestras ataduras de la tierra e incluso a veces, torpe ilusión, nos hemos creído que nos crecían alas. Por todo ello, gracias, muchas gracias, poeta...

Y algo de lo mucho que a través de su obra fué motivo de inquietud, enseñanza y aprecio de nuestra parte hacia el autor, podemos citar algunos de sus atisbos, matices, apuntes, metáforas, pensamientos, juicios, imprecaciones... débil y modesta expresión de su múltiple y polifacética imaginación. Ahí van:

—El poeta es el hombre desnudo que habla y pregunta en la montaña sin que le espere ya nadie en la ciudad.

—El genio poético prometeico es aquella fuerza humana y esencial que, en los momentos fervorosos de la historia, puede levantar al hombre, rápidamente, de lo doméstico a lo épico, de lo contingente a lo esencial, de lo euclidiano a lo místico, de lo sórdido a lo limpiamente ético.

—El poeta no es aquel que jue-

por José VIADIU

ga habilidosamente en las pequeñas metáforas verbales, sino aquel a quien su genio prometeico despierto lo lleva a originar las grandes metáforas sociales, humanas, históricas, siderales.

—Por hoy y para mí, la poesía no es más que un sistema luminoso de señales. Hogueras que encendemos aquí abajo, entre tinieblas encontradas, para que alguien nos vea, para que no nos olviden... La línea de la llama es hoy la línea organizadora y arquitectónica del poema. El juego tiene ahora una lógica y una dialéctica propias. lo mismo que la razón. La imagen vale tanto como la ley, si, pero la imagen encendida. Y la poesía de esta hora, para ganar un lugar en las avanzadas del conocimiento, no ha de ser música ni medida, sino fuego.

—Cuando el hombre doméstico, egoísta y tramposo degrada al mundo y todo lo rebaja, cuando las cosas no son lo que deben ser, lo que pueden ser, el mecanismo metafórico del poeta es el primer signo revolucionario. Y antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista...

O bien, dejando aparte lo que pudiéramos llamar su concepción teórica y ética, podemos dar paso a una pequeña muestra de sus inquietantes metáforas y de sus vuelos poéticos donde expresa:

—Hombre...
No esperes más a nadie...
Nadie te aguarda ni te busca...
Fuieste... el aborto de un sueño...
La semilla podrida de un sueño [que nunca germinó.



LEON FELIPE

— Sin embargo, la historia ha [sido siempre y va a seguir [eternamente siendo la jauría de un rey bastardo y [criminal persiguiendo sin descanso al [ciervo...

— Hasta que ya entonces no [quede más que un ladrillo [solo, el último ladrillo... la última pa-

[llabra, para tirárselo a Dios, con la fuer- [za de la blasfemia o la ple-

[garia, y romperle la frente... a ver si [dentro de su cráneo está la luz... o está la nada...

— Pero el hombre es una más- [cara fantasmal que jamás ha vivido.

Sobre su visible anatomía, ha col- [gado, sin gracia, uniformes, mantos, caireles y fan-

[farrias de circo y ha caminado por la historia en [carneval perpetuo dando gritos guturales de máscara

[perdida y solitaria: ¿Me conoces? ¿Me conoces?

y ni Dios ni el Diablo lo conocen... Ni él se conoce a sí mismo. ¡Oh pobre fantasma!

— No te apiades de mí luz cen- [cienta. Dame tu oscura hostia, tu último

[pan... un sueño sin retorno y sin re- [cuerdo. Déjame hundirme en ese pozo ne-

[gro, más abajo del limo y de la larva... donde la vida es un fantasma

[verde que nadie vió jamás.

— ¡Morir!... ¿Dormir?... ¡No! No quiero que la muerte sea un [sueño. Del sueño se despierta.

Que no entre más el viento sigi- [loso por las narices de mi arcilla, a

[besarme otra vez. Los ojos cerrados para siempre. Quiero un sueño sin sueños...

[Nada. Sopla el viento y en las narices de [la arcilla

Reflexiones sobre Dios y la Muerte

y la arcilla se enciende,
luego sopla la muerte en las narices de la arcilla
y la arcilla se apaga.

¿Si supiera uno siquiera quién es el viento,

qué es la muerte!...

— Ahora vendrá' la muerte por el espejo puro de la noche a cambiarte de calabozo al catafalco...

Todo es una prisión. Y la nada también... La nada: el infinito encarcelado en el cero vacío y absoluto...

Hasta aquí es el poeta quien habla. ¿Qué piensa sobre estas materias el hombre sin alas, el hombre de la calle, el hombre sin barbas ni sin gafas, este hombre común y corriente que también trasciende de la vida a la muerte, del ser al no ser, de la luz a la sombra? ¿Y este don Nadie, este hombre espeso y municipal, a cuyo gremio pertenecemos, qué suele pensar, qué suele sentir, cuáles son sus inquietudes acerca de Dios y de la muerte?

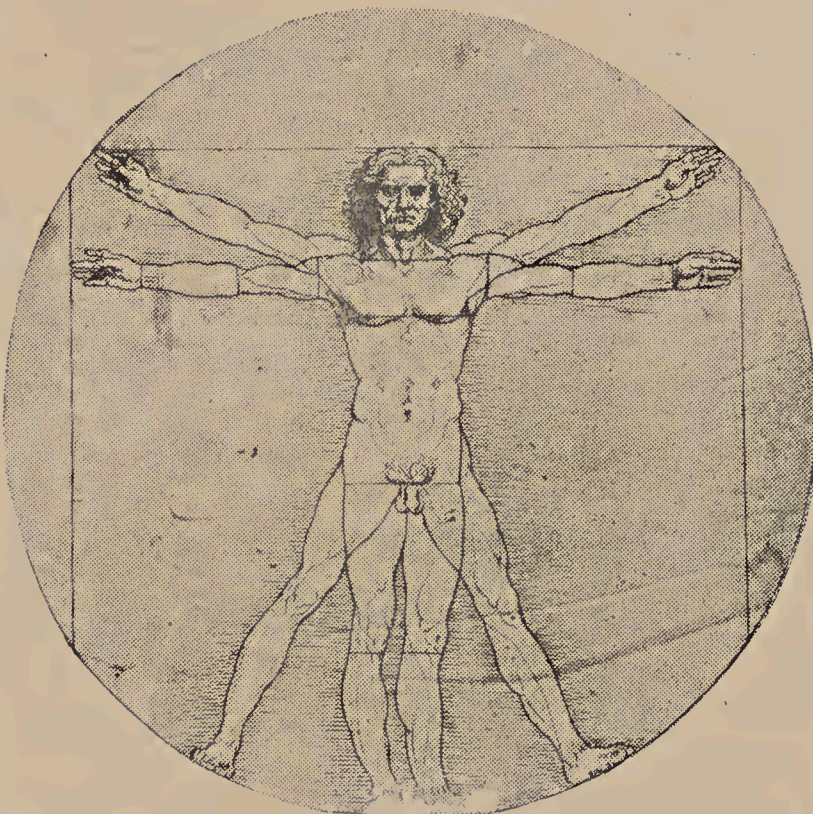
Concepción del ateo

Este tipo de hombre inclinado a este sentir filosófico suele pensar que su organismo físico es debido simplemente a una evolución de la Naturaleza, y que una vez cumplida su función como ser vivo, su involución a la nada es una ley fatal. Por lo tanto, en su mente no tienen cabida ni Dios ni el Diabolo, ni el cielo ni el infierno. Cree que es un producto de la materia y que a ella debe retornar.

Si además de ateo es humilde, pensará: Agradezco a la gran niveladora, a la inexorable Parca, que me redima del peso de eso que llaman vida, puesto que es de suponer que de existir el cielo, y el infierno, allí, igual que aquí, aquello de «los últimos serán los primeros» sería otra gran superchería y que me tocaría cargar con la peor parte.

Puesto a escoger entre Dios y el Diabolo, su inclinación será hacia éste. Al fin y al cabo, el Diabolo tiene mucho de hombre: rebeldía, dolor, pasión, personalidad, mientras que Dios con las ínfulas que se le han otorgado de omnipotente, de infalible, de incommensurable, de creador perfecto e indiscutible, se asemeja demasiado a los dictadores, a los déspotas, a toda esta faramalla de verdugos y tiranos que pueblan la tierra.

Y otra razón poderosa: Si el asentir, si el hecho de creer en Dios, si el fluctuar en la duda entre la creencia y el ateísmo, presupone dar la razón (ya que todo lo cotizan) a estas pandillas de traficantes, de embaucadores, de parásitos, que se remontan desde el clérigo hasta el papa, con sus miles de tinglados confesionales que, especulando sobre la vida ultraterrena, amontonan tesoros y poder para ejercer su hegemonía sobre lo humano, con el pretexto de lo divino, con el fin exclusivo



de domesticar a sus súbditos y entregarlos inermes y esclavos a sus compinches, los grandes explotadores terrenales, mil veces preferimos una actitud resuelta, una posición clara y terminante, sin dudas ni vacilaciones frente a su dominio, a su religión y a su dios, que al fin y al cabo lo utilizan como la gran alcahueta de sus mixtificaciones, de su religión acomodaticia, para el logro de su predominio en el mundillo de los vivos...

Además, ¿quiénes son los que, parodiándote, cuelgan sin gracia, uniformes, mantos, hábitos, caireles y fanfarrias de circo, al hombre, convirtiéndolo en carnaval

perpetuo? ¿Y quiénes son los que forman parte de la jauría de este rey bastardo y criminal que persigue sin descanso al ciervo?... ¿Acaso no son ellos mismos? Por eso conviene deslindar de una manera resuelta el reino de los ciervos; al que con orgullo pertenecemos, al de los cazadores que se sacrifican.

Para el no creyente, religión y razón son dos mundos antagónicos, repelentes. Este no ignora la frase de Pascal que más o menos viene a decir: «Sólo hasta cierto límite, el ateísmo es una revelación de fuerza espiritual.» Puede que en parte sea así, pero la verdad es que al sobrepasar determi-

nados lindes todo es alquimia, alquimia verbal, y mucho más acentuada en la concepción religiosa, en la predicación de la fe y de la teología, que en este pobrecillo mundo de la razón y de la materia que nosotros, los hombres sin alas y sin imaginación no podemos escalar y menos remontar.

Y para terminar esta letanía vamos a reproducir un párrafo de Bertrand Russell, a quien León Felipe tanto conoce por haber traducido alguna de sus obras, que en «Por qué no soy cristiano», expone:

«Todo el concepto de Dios es un concepto derivado del antiguo despotismo oriental. Es un concepto indigno de los hombres libres. Cuando se oye en la iglesia a la gente humillarse y proclamarse miserables pecadores, etc., parece algo despreciable e indigno de seres humanos que se respetan. El hombre debe mirar el mundo de frente. Hay que hacer el mundo mejor, y si no es tan bueno como deseamos, después de todo será mejor que el construido hasta ahora. Un mundo bueno necesita conocimiento, bondad y valor; no precisa el pesaroso anhelo del pasado, ni el aherrojamiento de la inteligencia libre mediante las palabras proferidas hace mucho por hombres ignorantes. Necesita de un criterio sin temor y una inteligencia libre. Necesita la esperanza del futuro, no el mirar hacia un pasado muerto, que confiamos será superado por el futuro que la inteligencia del hombre puede crear.

En fin, querido poeta, todas estas lucubraciones, fantasías, demagogías y otros excesos no tienen más finalidad que el temor de perderte, puesto que «si un punto de contricción puede dar a un alma la salvación», yo que me juzgo irremediamente perdido: siento, lamento y me atormento que, por destinárenos a ambos en diversos estadios, sin medios de comunicación posible, no pueda oír tu voz ni abrazarte otra vez.

EL GANSO INTELIGENTE

POR los paseos de la urbe suele pasearse, con esa su solemnidad humorística, un ganso amaestrado. Dócil como un perro y obediente como un niño bien educado, se le ve marchar cerca de su amo por entre el tumulto del público y la velocidad del tránsito. Destaca su blanca silueta, menos estilizada y decorativa que la del cisne, pero mucho más simpática en virtud de su vulgar y humilde modestia. Juega con los niños como si no tuviese para él el lenguaje de la infancia; se agita, corre, mueve las alas y chillaba cuando se le invita al juego. Sabe permanecer sentado, quieto y grave cuando la voz del amo, autoritaria pero amable, se lo impone. Es un espectáculo que conmueve el ver esta bestia

zuela casi humanizada; contraste admirable con el de ciertos impulsos humanos orientados en el sentido opuesto. Frente a este ganso que se empeña en no serlo, salta a la vista el ejemplo del hombre que se orienta en el sentido del ganso huérfano de tan insólita apetencia de humanidad. ¿De dónde ha salido la fama burlesca, el despectivo concepto que las gentes señalan al modesto palmípedo? ¿Por qué los poetas de antaño han cantado sus alabanzas retóricas a la vanidad decorativa del cisne ufano y han desdeñado la doméstica virtud del ganso humilde? Evidentemente, hay razones que la razón no entiende. Pero este ganso santafesino y urbano, esta bestia inteligente, cordial, solícita, que sabe mo-

verse en libertad, que sabe andar entre las gentes, sin temerlas, con ejemplar sociabilidad, está demostrando las insospechadas posibilidades del palmípedo y la injusticia del juicio que provoca en el vulgo su inadvertida pero positiva inteligencia.

Al buen palmípedo sociable le falta el don de la palabra para asumir la defensa de su especie, pues a veces no basta predicar con el ejemplo cuando abundan los ciegos que no quieren ver. Mas, cuando las gentes le forman rueda sorprendida para admirarle, la bestia humilde y feliz las mira con ojos irónicos y parecería que quisiera decirles: ya ven, no soy tan ganso como ustedes suponen...

LUIS DI FILIPPO

Cuando los santos visitan

Finalmente la voz de mi hijo mayor rodó como una avalancha de estridencia sobre mi expectativa.

— Mamáaaa...

La voz de Carlitos, el menor, repitió como un eco el alarido.

— Mamáaaa...

Y algo rezagada, la cumplida voz de Lolita llegó informando con comadresca solicitud.

— Acá hay dos señores que quieren hablar contigo.

Los señores eran dos correctísimos jóvenes «made in U.S.A.», que me dieron las buenas noches con la sonrisa en los labios.

Presintiendo lo que inmediatamente cayó sobre mí, devolví el saludo con una expresión de abatimiento que ningún consejero de «How to get succes» hubiera aprobado.

En un español demasiado prolijo para ser genuino me comunicaron que traían un mensaje de Dios que les sería grato transmitirme.

Mi primer impulso fué decirles que se habían equivocado de casa, pero sus caras expresaban tan absoluta confianza en mi buena voluntad, que no tuve valor para darles con la puerta en las narices.

Les dejé paso con un indeciso movimiento de la mano que, si bien fué interpretado como bienvenida, un observador imparcial hubiera traducido de cristiana resignación.

Tomé asiento en el sofá mientras ellos se ubicaban cautelosamente en el borde sus sillones y mis tres hijos, movedizos e indagadores, pululaban alrededor nuestro.

El más alto y magro de los dos visitantes se presentó con aire afable.

— Mi nombre es Elías Carter y el de mi compañero, Jonás Davidson.

Se detuvo un instante contemplándome con sus pequeños ojos grisáceos en los que una distante luz, que podía ser la llamada de la fe o el destello de la locura, titilaba vagamente.

Indudablemente esperaba algo de mí. No sabiendo qué, preferí sonreírle en silencio.

Finalmente preguntó con aire desorientado:

— ¿Cuál es su nombre, por favor?

¡Ah, caramba! Estaba desbaratando su modesta ceremonia de la presentación.

Le di mi nombre con una leve inclinación de cabeza, que esperé aceptara como un típico gesto de cortesía latina.

El lo recompensó con una sonrisa de alivio e inmediatamente echó a andar algún mecanismo magnetofónico hábilmente disimulado entre pecho y espalda.

Suponiendo, tal vez, que yo era incapaz de percibirlo, me confió que él y su compañero eran extranjeros.

CRONICA INFORMAL DE UNA ENTREVISTA FORMAL

L A tarde había terminado por algo abruptamente en un breve crepúsculo de nubes tormentosas. En el patio, iluminado por la luz del escritorio, las plantas se estremecían con intermitentes escalofríos, dóciles a las caprichosas alternativas del aire. Cuando sonó el timbre, los niños escandalizaban como de costumbre; Mario fué a atender y sus dos hermanos no se abalanzaron tras él. Se oyó el ruido de la puerta de la calle y un murmullo ininteligible de voces desconocidas.

— ¿Americanos, verdad? — dije cordialmente para que notara que apreciaba sus esfuerzos para crear un clima amistoso.

— Si... Si... de Estados Unidos... Nosotros somos misioneros. Durante dos años cumplimos una misión.

Hablaba despaciosamente, buscando las palabras, articulándolas con laboriosidad, arrastrándolas del fondo de la garganta hasta los aplicados labios que las redondeaban y expelían igual que un dorado pez doméstico suelta sus burbujas en el fondo de su pecera.

Comprendiendo que estaba dispuesto a exponer con minuciosidad los motivos de su descenso al hemisferio austral, preferí cortar camino y salirle al encuentro:

— Bueno... ¿Ustedes son de Atalaya? ¿No?

El delgado Elías me miró como si los cuervos, en vez de alcanzarle su ración habitual, bajaran a picarle los dedos.

Sacudí la cabeza suavemente mientras el «no» ganaba la superficie entre leves círculos de resignación.

— ¿Del grupo de los Hermanos, entonces?

Los círculos se ampliaron e invadieron los ojos que negaron con un parpadeo mientras las palabras españolas braceaban lenta y firmemente contra la corriente de acento anglosajón, sobre la que, pese a todo, se mantenían heroicamente a flote.

— Nosotros pertenecemos a la «Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.»

Para vergüenza mía no encontraba el casillero correspondiente al rótulo.

— ¿Adventistas? — insistí tímidamente.

Negó el flaco con agobiado gesto y esta vez empleó una sola palabra para situarse.

— Mormones.

— ¡Ah!

Fué casi un suspiro de alivio. Para establecer claramente que mi ignorancia no era total regurgité con una sonrisa suficiente:

— Ya sé. Ustedes se establecieron en el Estado de Utah. La capital es Salt Lake City.

Pronuncié a la que te criaste. Para evitar confusiones repetí

el nombre aplicando mis rudimentos de Inglés Básico, lo que promovió un razonable regocijo en ambos profetas.

— Si... Tengo alguna idea... pero me parece que no van a lograr convencerme. Hasta hace unos años ustedes practicaban la poligamia. ¿No?

Sonó como si estuviera abriendo una causa por corrupción e inmoralidades diversas, pero ellos asintieron imperturbables.

Desde las profundidades de su ballena la voz de Jonás se alzó contra la réproba...

— Está en las Sagradas Escrituras — dijeron los labios gordos y por detrás de los lentes

por Delia Orgaz de Correa Luna

un ojo ligeramente estrábico relumbró de concupiscentes añoranzas.

— Dios les dijo a Abraham, y a Isaac, y...

— Sin embargo, ustedes han preferido acatar las leyes de los nombres...

— También está escrito: «Dad...»

... al César lo que es del César... interrumpí sin ninguna consideración. — De cualquier modo, no me gustan las fórmulas acomodaticias.

El ascético Elías comprendió que era más conveniente volver al punto de partida y tendió a mí sus largas manos huesudas ofreciéndome, nuevamente, los dones de la eterna sabiduría.

Había algo patético en su insistencia.

— Nosotros traemos un mensaje que habla de Dios. ¿No cree usted que Dios es importante?

— ¡Claro que sí! Y por eso encuentro ridículo ofrecerlo de puerta en puerta como si fuera una póliza de seguro o un artículo de segundo orden.

Elías pasó por alto mi opinión y se aferró a mi exclamación afirmativa.

— Usted sabe que Dios tuvo un hijo... ¿Quién era el hijo de Dios?

Había caído en trance nuevamente y la cinta magnética se desenrollaba sin dificultad mientras los ojitos redondos, fijos en mí, mostraban el iris como una delgada arandela brillante en torno a la oscura pupila hipnotizada.

— Cristo. Miré a mi hija con una sonrisa



de aprobación y su preciosa carita resplandeció de orgullo.

El misionero oyó la respuesta y prosiguió imperturbable, aunque Carlitos, subido al brazo de su sillón, intentaba estrechar relaciones soplándole en las orejas.

— Y Cristo está hecho de la misma substancia que Dios. Por lo tanto Dios es un sér de carne y hueso.

Pensé que no había entendido y pregunté con aire atontado:

— ¿Cómo dijo?

— Que Dios es un sér perfecto, pero de la misma substancia del Hijo. Porque el Hijo no puede ser diferente del Padre. ¿No es razonable?

— Completamente razonable. Pero... no veo qué tiene que ver lo razonable con lo religioso.

Encima del piano, la cigüeña dorada del jarrón aleteó de impaciencia y las bocas de sapo cuchichearon divertidas con sus labios multicolores. Los estóidos predicadores, sin notarlos, me dispararon dos o tres preguntas de catecismo elemental.

— ¿Quién había hecho el mundo?

— ¿Y al hombre?

— ¿Y a quién había enviado Dios para salvarnos?

Dejé que mis hijos respondieran por mí.

Cuando los examinadores consideraron que nuestras almas eran nido aceptable, depositaron una vez más su huevo místico.

— Por lo tanto si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, El es también un hombre, igual en todas sus partes y pasiones, aunque de divina perfección.

La pregunta que yo debía formular era tan evidente que me asombró no estuvieran preparados para sortearla.

— Entonces, ¿cómo se explica que, de acuerdo a los fósiles humanos hallados por los paleontólogos, los primeros hombres tuvieran más afinidad con los antropoides que con personajes celestiales?

Lamentablemente, en el momento, no recordé las palabras del científico Houghton Brodrik: «El hombre sigue siendo en muchos aspectos un primate «generalizado». Con mucha soltura, sin embargo, completé como si dominara el tema.

— Ustedes saben que buscando las huellas de nuestro origen se ha excavado el planeta de un extremo al otro.

Quizás sólo fué mi imaginación.

★ Cuando los santos visitan ★

Me pareció un tintineo de engranaje bruscamente detenido.

Con disimulo olfaté el aire, pero el humoso tufito a transformador quemado, si existió, se había desvanecido.

Otro insignificante fenómeno me distrajo.

El extático predicador se había convertido de golpe en un muchacho confuso.

Las manos vacías caían flojamente y una sonrisa blanca como las navidades de su tierra, se licuaba sobre las huesadas facciones.

Miré a su compañero con aire interrogativo.

Su cara de bebé alimentado con leche sintética mostraba cierto resentimiento. No pude reprimir el malvado impulso de molestarlo un poco más.

— Pienso que la especie humana no sirve bien a sus propósitos de propaganda — dije afablemente —. Téhenos una colección de malos hábitos que no hablarían mucho a favor del modelo.

— Pero usted sabe que además está Satán... El espíritu de Satán...

El joven mister Davidson tomo las mismas precauciones de quien caminando en un barrizal quiere sacar los zapatos limpios, pero no me dejó conmovido.

— ¿Satán, sí, es un espíritu? No pude evitar que la avidez de los cazadores de chismes truculentos dominara mi pregunta.

La cabeza de Jonás asintió gravemente.

— ¿Y él es el culpable de todo lo malo que pasa en el mundo? Nuevo gesto de asentimiento.

Sobre la cara rosadita e imberbe, la paloma del Espíritu Santo planeó alentadora.

— Eso es más interesante. Los espíritus me han inspirado siempre mucho respeto... y, observando la conducta del género humano es imposible dejar de pensar que está justificado. El poder de Dios no parece influir gran cosa en nuestros actos, ¿verdad? — sugerí con una sonrisita luciferina mientras la paloma caía a plomo sobre la frente del justo.

— Usted no quiere entender — dijo cuando se repuso de la conmoción.

— ¡Cómo no! Entiendo perfectamente. Ustedes vienen aquí como si éste fuera territorio virgen. Parecen ignorar que poseemos algunos rasgos culturales propios. En ellos se incluye una perspectiva, quizás algo dramática, del sentimiento religioso heredado, como lo mejor que poseemos de los descubridores de América — prescindí desdeñosamente de Erik el Rojo y sus vagabundos nórdicos. — A veces pienso sin embargo, que, en más de un sentido, es lamentable no continuar al nivel intelectual de los indios... aucas... por ejemplo.

Suavicé la sangrienta alusión dando a mi voz una pincelada de ingenuidad primitivista.

Los dos jóvenes me miraron en silencio con el aire del estudiante aplicado que olvida repentinamente la lección.

— ¿Qué edad tienen?

— Veintiún años.

— ¿Los dos?

Asintieron con un gesto.

— Pues razonan como si tuvieran quince. No profeso ninguna religión, pero si me decidiera a hacerlo no elegiría novelarias a la americana. Especialmente, no creo que llegara nunca a sentir respeto por un buen señor con partes y pasiones, como explican ustedes.

Y recordando los pueriles argumentos que empleara en la adolescencia durante la inevitable crisis de ateo-marxismo, proseguí.

— Un despota caprichoso, inclinado al favoritismo que, como enseñan las Sagradas Escrituras, permite a Satán ensayar bromas pesadas con el más fervoroso de sus fieles, Libro de Job, versículo 12 — completé imitando la maníaca persecución de testimonios de los santos poligámicos.

— Sin embargo San Esteban vió en una nube a Nuestro Señor Jesucristo a la diestra de Dios Padre. Eso quiere decir que Dios es un hombre.

El flecuchín reiniciaba la transmisión, pero con mucho vaivén de «fading» y picoteo de estática.

— ¿Tiene una Biblia? — me preguntó finalmente.

— Tengo.

— ¿Se puede ver? Digo... si está a mano...

La suya trazó un ademán semicircular que él jamás hubiese intentado hacer ofensivo pero que implicaba una ligera duda acerca de la existencia de la tal Biblia.

Fuí a buscarla y se la alcancé. Era uno de los ineludibles ejemplares encuadrados en tela negra que las Sociedades Bíblicas desparraman por el mundo.

Su contacto pareció devolver la confianza al joven misionero.

Hojeó rápidamente el Libro de los Libros y detuvo el avezado índice sobre las líneas pertinentes.

— Ese San Esteban fué uno que mataron a pedradas — dije recordando un díptico francés del siglo XV donde, junto a un «donateur» de cara saturnina, un monje virilmente atractivo en bandeja sobre un libro rojo y dorado, exhibe la prueba de su martirio.

Elias asintió con un gesto mientras recitaba con adecuada compunción:

— «Y echándole fuera de la ciudad le apedreaban»...

Las arandelitas grisáceas trasapásandome contemplaban en un punto a mi espalda la visión confirmatoria.

— El vió a Dios — dijo retrayendo las arandelas al nivel de mis ojos.

— Aquí está.

Comenzó a leer rápidamente para taparme la boca. — «He aquí veo los cielos abiertos y al Hijo

del Hombre que está a la diestra de Dios».

— ¿Nunca se le ocurrió que un texto podía no ser interpretado al pie de la letra?

Como el que calla otorga, supuse que nunca se le había ocurrido.

— ¡Es completamente ridículo salir a convertir el mundo con un mensaje aprendido de memoria! ¿Qué experiencia personal de Dios tienen ustedes para venir a enseñarme cómo es Dios?

— José Emith la tuvo — dijo el persistente Elias mientras su compañero se estudiaba atentamente el largo de las uñas y mis hijos se zarandeaban el uno al otro intercaldando expresiones bochornosamente pintorescas que nada tenían que ver con el tema tratado.

— ¿Quién era José Smith?

La curiosidad amainó mi indignación teológica.

— El fundador de nuestra iglesia. Era un joven muy sincero y honrado — comenzó a explicar el honrado y sincero Elias—. Un día se preguntó cómo era posible conocer la verdadera religión si todos afirmaban poseer la única verdadera...

— Eso mismo le pregunté yo a mi madre cuando era como mi hija — dije sin mentir señalando con una mirada a mi regordeta niña que atendía la conversación haciendo bailar los dedos gordos de sus pies descalzos, vergonzosamente sucios.

Fuí consciente de la mirada de desaprobación de los pulcros jóvenes. Con cierta severidad le ordené antes de proseguir — ¡Nena! ¡Anda inmediatamente a ponerte los zapatos!

Lolita sacudió evasivamente su

cola de caballo y, en señal de disidencia, propagó el bailoteo al resto de sus extremidades inferiores.

— Pero, ya ven ustedes... aún no he creado ninguna nueva secta.

— Usted no tuvo una visión — acusó triunfalmente Elias.

Hubiera sido tan fácil decir que sí y desconcertar mortalmente al joven.

Lo salvó su evidente candor y buena fe.

Siempre he tenido una reverente predilección por los simples y sería incapaz de perturbar sus almas crédulas.

— No, no, la he tenido. Sin embargo, no creo que me sirva la visión de José Smith — expliqué con seriedad. Me resultaría más convincente una de primera mano.

Jonás consultó discretamente su reloj. Me sonrió y dijo señalándolo con una mano muy blanca y alhajada, demasiado temporal hasta para un santo de los últimos días.

— Se nos ha hecho tarde. Todavía nos queda una visita por realizar.

Desprendiéndome a Carlitos que había comenzado a escalar mi espalda entre palmadas de impaciencia, me puse de pie.

— Tiempo es proselitismo — dije con una sonrisa comprensiva. — Ha sido muy grato conocerlos.

Los acompañé, atentamente, hasta el portoncito del jardín.

Un parpadeo de tubo-lux me guiñó desde las pesadas nubes, por encima de sus cabezas agitadas en el adiós definitivo.

Delia Orgaz de Correa Luna
Montevideo, 21-11-1959.

FESTIVAL «SOLL» EN PARIS



Trio sudamericano LAMARQUE del cabaret parisino «La Reine Blanche».

ALFONSO REYES

SU vida ha sido una prolongada pasión por el estudio; pasión que se hizo fecunda en una obra maestra porque el escritor armonizó su ideal con sus acciones. Acciones que son un éxito continuo porque llevan en sí mismas «la fuerza amorosa y el anhelo de creación en el bien»; concepto suyo.

Alfonso Reyes irradia luz que es la sangre de su alma. Ha creído belleza que cautiva y pensamiento que guía.

Reyes se ha aislado y se ha elevado para ver mejor el horizonte, pues dice: «Las lejanías nos curan de las cercanías». Se ha recluido en su casa de cristal, su templo, donde oficia, ensimismado en la religión de la belleza. Desde ahí, de su eminente altura, ve lo que quiere y deja contemplar la clara antorcha de su lúgubre edad, siempre lozana. Porque Reyes era un escritor añoso, siempre rejuvenecido y alerta, listo para hablar por el espíritu y para el espíritu.

«Yo era hombre de libros —dijo— hombre para estudio recogido, para el retraimiento de las musas bibliotecarias». En la forja de su propia escultura literaria se dió por completo, como Montaigne, al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo.

Para Alfonso la vida óptima es la interior; la externa le es casi superflua. Casi, porque su luminaria intelectual es demasiado atractiva y solicitada al exterior; y a las veces tiene que sucumbir para dejar el calor hogareño y alumbrar afuera, personalmente. O bien —como espejo afable— se exterioriza con sus breves mensajes en prosa y verso, destilados esenciales de cerebro y corazón que son de intimidad entrañable.

Pero él para adentro. ¿Solo? No. Con sus excelsos querer, conyugal y filial, dones celestes que le otorgan la divina euforia que da cobijo y aliento a su inspiración.

El hombre

«El hombre más hombre — dice Shakespeare — es el que ama más». Alfonso Reyes ha amado siempre y ha amado mucho, primero al amor, gran creador; y, antaño y hogaño, a la belleza que es su diosa.

De esa diosa ha sido Reyes un sacerdote que cabe su veste griega, ha ido por su mundo intelectual cantando sus armonías y sembrando conceptos en el barbecho del mundo hispanoparlante; mundo que ha recogido, con encantamiento y provecho, sus ideas que tienen aromas de bondad y de amor. Sobre todo amor, que es «la fuerza de las fuerzas».

Reyes es un pensador militante, esclavo y a la vez emperador de la idea.

Dice Paul Valéry: «Il a des jours a idées». En Alfonso Reyes los días propicios a la idea se suceden como la aurora a la noche y la noche a la aurora.



Siendo como es un erudito que pasma y un prolífico pensador, se me figura un juglar de las ideas, que se divierte jugando con ellas, analizándolas; haciéndolas chocar unas con otras en esgrima fértil que en sus escarceos y choques producen flamantes luces en su inteligencia para sentir al fin «la felicidad deliciosa de dejarse flotar en el lago de su propio pensamiento.» (Romain Rolland).

«El que persiste acaba siempre por tener razón», dice Reyes. Y Alfonso Reyes persistiendo durante 50 años en su obra de pensador artista ha acabado por tener razón. Su razón está en el elocuente monumento de sus libros.

Alfonso Reyes no sería el gran señor que es en el mundo del arte; no sería en su Méjico el don Alfonso el Sabio de la belleza escrita; si no tuviera autoridad, y él la tiene, suprema, como maestro, como esteta. La tiene por su vigorosa personalidad de poeta, crítico y ensayista; la tiene porque lleva en sí la virtud de crear; de soñar; la tiene porque todo él es respeto de sí mismo, que crea el respeto ajeno hacia su persona. Y luego, y siempre, la autoridad le viene a Alfonso de su gran dignidad; ese señorío natural del que sabe que sabe; esa distinción modesta de los seres superiores

que parece que esconden sus méritos en sus gestos de hidalga compostura.

El poeta

Alfonso Reyes lleva dentro de sí mismo la belleza, porque es poeta. Y como poeta es todopoderoso dentro de su almarío. Por eso es feliz, pues él mismo se crea su mundo a su manera, un mundo en que nadie lo conturba ni le coarta su libertad.

El poeta es el hombre libre por antonomasia; va donde quiere y tiene lo que desea. Es un conquistador de estados de alma que lo hacen dichoso ya que él se los crea para su deleite. Y como tiene una veta inagotable, la imaginación, que es libérrima como el aire y superabundante en su fecundidad, vuela por doquiera y hace altos donde le place edificando el reino donde Reyes reina: el escenario de sus poemas y el carácter y matices de sus personajes. Sus versos, hijos mimados de su entraña cordial, con el reflejo de su inteligencia, que es un prodigio, son producto de quintaesencia; son sutiles y suaves como su alma; son gotas de talento que su inspiración artística transformó en joyas iridiscentes.

Su obra lírica es elaborada hasta el extremo de la perfección formal. Su estro es caudal de fuego

que no se desborda porque ahí están sus manos lapidarias para encauzar y hacer cuajar la llama inspiradora en los moldes de la arquitectura del verso impecable. «Porque si es cierto — dice él mismo — que la poesía vive de embriaguez, también es verdad que se sustenta de geometría; un sueño con rienda, un dejarse ir sin dejarse ir».

Alfonso Reyes tiene un concepto elevado de la poesía y de la misión de los poetas sobre la tierra. La poesía, es en él vital, como el aire, el sol y el agua; cree en ella, porque es vida que da vida, y además por sus buenas acciones. Por eso exclama convencido: «Y es que no hay acción más cabal que la verdadera poesía... hagamos entender a la gente lo que debe al poeta, hilandero de la tela del alma, sin cuyo oficio dulce y grave, sufrido y paciente, integrado de filosofía y religión a un tiempo, acaso errarían los hombres como greyes perdidas». Si exagera Reyes, antes que él exageró Horacio al decir que «los poetas son los primeros maestros de los hombres».

Es un poeta de alma florentísima que mana poesía escrita, hablada y pensada. Pensada porque cuando no la estructura en el papel o en la voz, la piensa, la rumia, la acaricia en su imaginación. Un poeta que ama a todo sér y a toda cosa porque en toda cosa y en todo sér encuentra la belleza que le da su propio espíritu poético.

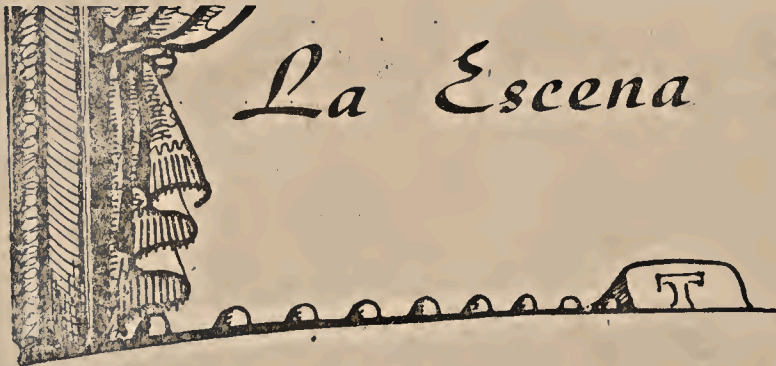
«Poeta nascitur non fit». Certo, pero el escritor-poeta tiene que hacerse a fuerza de vivir con intensidad, viajar para conocer las palpitaciones del mundo; leer con ahincado apego a los libros y escribir para gozar, creando todo para acercarse a la verdad, y la «verdad está en la vida — dice rotundamente Romain Rolland — no es en vuestra cabeza donde debéis buscarla. Es en el corazón de los demás. Uníos a ellos. Pensad todo lo que queráis, pero tomad cada día un baño de humanidad. Es preciso vivir la vida de los demás y amar su destino.»

Viajar es voltear a cada recodo del camino, una hoja nueva del libro plástico de la naturaleza, es gozar con hartura; porque es ver sin desperdicio y «el vivir mucho y leer mucho aviva los ingenios de los hombres». (Cervantes).

Leer para aprender; leer a solas para escuchar «el canto divino del silencio» teniendo entre las manos al amigo libro; al amigo libro que nos trae la compañía de otras almas que viven como nosotros en pleno idilio con la vida. Porque los que escribimos nos enajenamos a esos hijos espirituales en todo nuestro sér.

«El hombre pone en sus libros — dice Reyes — lo mejor de sí mismo, lo que quiere presentar de sí mismo a la estimación y a la fama y perpetuar después en especie de posteridad». — (Pasa a la pág. 17).

por Isidro FABELA



La Escena

Actualidad farandulera

TENGO UN MILLÓN es cosa que en el Lara explica Ruiz Iriarte a través de la compañía Marsillach-Asquerino. La trama de «Tengo un millón» es absurda a pesar de lo bien cuidada. La moraleja, pasable, puesto que por ella la virtud se impone al vicio. Sin atrevimientos, a la manera burguesa. Que dios se los pague a Iriarte.

«Cartas credenciales» las sirven en el Comedia por disposición del autor, J. Calvo Sotelo, que ha tenido el acierto de servirse de la compañía Closas, siempre alerta a las novedades para quedar en vanguardia escénica. Diálogo suelto, situaciones bien trascurridas, pero en suma, obra sin meollo. El signo de nuestros días. La tía valisoletana, muy española; la trama, divertida; y frases, muchas frases bien dichas. Nada más que eso.

En el Cómico han pasado «Las chicas» de A. Paso, Barillet y Grady sin pena ni gloria. Género cómico sin comicidad apreciable. Suerte del rótulo de la casa. Es una botaratada a la cual la formación de Lili Murati ha puesto generosamente su rúbrica. Indulta al trabajador Paso que «su» obra no es suya, sino de Barillet y Grady. Hay, pues, traducción y adaptación al canto. Y es que a veces se trabaja con vista a un ritmo de estrenos.

«Preguntan por Julio César». ¿Dónde? En el Goya y por encargo del infatigable Alfonso Paso, autor de la «pregunta», que no está en la quinta idem ni mucho menos. Se trata de una farsa ingeniosa, un tanto forzada en todo caso, debido a la diferencia de personajes y de épocas, pues nada menos que con César aparece Marco Antonio, ambos trasplantados a la modernidad y con uso de «Buick» o coche equivalente, medio de transporte algo alejado de la cuádriga, que yo crea. La idea no está mal para la escena y menos lo estaría si en la vida real madrileña no hubiese ocurrido anécdota mejor en la segunda década de este siglo. Nos referimos a la retención de dos señoritos bullangueros que en la «delega» declararon llamarse Antonio Maura y Cristóbal Colón, recibiendo por su «atrevimiento» sendas bofetadas de la «poli» al fin y al cabo para acreditarse que ambos atropellados se llamaban como decían por ser familiar del Maura político el uno, y del descubridor de las Américas el otro. Pues con divertimientos así de modestos parece que Paso trata de olvidar sus pujos sociológicos de otrora.

Una «Comedia para asesinos» se

representa en el María Guerrero por la compañía Claudio de la Torre. Firma la obra — de puro corte detectivesco — Suárez Radillo. El nervio de la misma — de tinte dramático acentuado — es la lucha que podríamos calificar de intelectual entre el delincuente y el policía encargado de desemmas-cararlo. Algo así como el dramático y a veces sutil juego al escondite que practican Raskolnikov y el deductivo cuan experimentado juez encargado de castigarlo... mediante confesión y entrega del propio asesino. Pero en «Una comedia para asesinos» no se raya a la altura psicológica e ilustrativa de «Crimen y Castigo», pues Dostoiéwski no nace uno cada año. Mejor diríamos que el fin que se propone el autor de «Comedia para asesinos» es el de divertir espeluznando, placer que no recomendaríamos a nuestros hijos, de tenerlos.

«¡Ay, qué pizaras faldas!», firmado Francisco Prada, más parece una antología zarzuelera que una fantasía cómica-lírica de propiedad. En efecto, la pieza es un engarce — bien hilvanado — de trozos conocidos tendiendo, a lo que parece, a despertar interés por un género que desaparece sin que haya motivo para dejarlo desaparecer. Prada, ayudado por Iriarte, cumple con esta producción un esfuerzo loable. Pero a fe nuestra, que no ha de lograr sino despertar nostalgia en unos sin despertar interés en otros, los «ahorristas», los mismos que por implacable sucesión de auroras pronto dejarán de serlo. «¡Ay qué pizaras faldas!» se da en La Latina, y si el faldeo en sí es prendería inocente, animado y agitado por Mary Begoña, Mary Martín, Enriqueta de Cámara, Laura Ripoll y otras beldades, toma características de bandería cálida, peligrosa, absorbente... El contrapunto masculino lo llevan, con sumo donaire, Antonio Garisa, Karry Alonso, Luis Cares y resto de la «troupe».

Siempre en Madrid, anotemos por fin «El baile de los ladrones», de Jean Anouilh, que se pasa en el Español. Visto y oído. «El baile de los ladrones» puede calificarse de sainete en tres partes



La Pantalla

«Aventuras en los mares del sur»

SE trata de una película que no será dable presenciar fuera del local escogido para reflejarla. El «cinerama» presenta esta dificultad. El procedimiento, costoso, se adapta solo a locales preparados al efecto.

Las «Aventuras en los mares del Sur» cuentan por la panorámica, no por el argumento. Al parecer éste no cuaja, por ahora, en lo «cineramático», sea por dificultades técnicas sea por labor no comerciable. El ideal del empresario sigue siendo la caja de caudales; después, el arte.

En estas «aventuras» aparece la secretaria de oficina en vacaciones a la Polinesia conseguida a fuerza de ahorros. Como se debe, la muchacha es bella y necesita novio. Salir de Norteamérica para hallarlo a miles de kilómetro. Mar adentro supone inocencia amorosa en los jóvenes norteamericanos. Nuestra niña bonita en Honolulu halla su tipo, que la

introduce en los deportes, en las fiestas, en las fiestas mundanas. El, suficiente, esta plenitud de formas. Por los caminos del canaco llegarán al matrimonio.

Esto es lo trivial, lo banal, lo que «ata» la presentación de las islas. Las tierras son bien fijadas y las aguas imponentes. Quedan presentes las tres dimensiones de pantalla reunidas. Las tribus desarrollan sus juegos, sus bailes, todas sus costumbres, una después de otra y en islas sucesivas. También alcanzamos Papeeté y otros puntos aislados que se hallan en el salto de las Sandwich a Tahiti. Riqueza de la flora, belleza de los crepúsculos, gracia de los naturales, amplitud de panorámicas, y cálculos exagerados. Estando en tierras que queremos considerar vírgenes sobran los deportes, las soirées, las trivialidades de los civilizados. O las «Aventuras» son un exponente de las riquezas naturales y emocionales de la Polinesia, o consten como aliciente programático introducido en el cine moderno por el turismo organizado. Porque el «hula-hula» es de teatro, y la misión teatro de nuevo. Y el «grill-bar», sobrero, junto con toda suerte de mundanidades...

Por ahora, la gracia del «cinerama» radica en la exposición de las tierras y de los hombres auténticamente considerados.

pulcramente concebido y dialogado, con destellos de ingenio perceptibles incluso en el gallinero, pero cuyo acento cómico no aguanta la dimensión del espectáculo sin peligro de caer en lo bufo. La formación — inteligentísima — que animan Manolo Díaz González y Guadalupe Muñoz Sampedro, ganó dignidad para la obra, cupiéndole conducirla hasta el final con cierto éxito que corresponde a todos: autor, traductor, compañía y a la voluntad del público. — C. MADRID



JEAN ANOUILH

* La epopeya de Moguer *



Me refiero a «Platero y yo», muchísimas veces contado y alabado por plumas mejor cortadas que la mía, de cuyo libro — mejor aún, «biblia» — pretendo haber extraído su quintaesencia y saboreado su jugo en las centenares de veces que he leído sus cortos y profundos capítulos.

A pesar de que no quiero extenderme más allá de su obra, para mí cumbre y única, que es «Platero y yo», pero sin dejar de hacer hincapié en ella, diré que Juan Ramón, si bien en su principio estuvo influenciado por el nicaragüense Rubén Darío, pronto su genio se desprendió de su tutoría sintiéndose más cerca de Góngora que del poeta trasatlántico, dejando su inmarcesible huella en el capítulo VI de «Platero» titulado «La Miga» — corrupción de *la amiga*, nombre familiar con el que allá por nuestra edad de oro literaria se llamaba a la costura o escuela de niñas —. Estaba tal palabra tomada por extensión del libro de lectura para muchachas, «La Amiga». Recuérdese que Góngora dice en los primeros versos del romance «Hermana Marica»:

Hermana Marica,
mañana que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

¿Qué de extraño tiene que Juan Ramón, onubense, y Góngora, cordobés, se den la mano en una misma escuela literaria?

Juan Ramón Jiménez subtítulo «elegía andaluza» «Platero y yo», incurriendo en excesiva modestia. Elegía, según la antigua acepción, es solamente un poema consagrado al dolor y a la tristeza, y el libro de nuestro poeta, según mi parecer, no es un poema pequeño ni un pequeño poema: es un gran poema, es una sucesión de hechos heroicos sucedidos en un pueblo pequeño, eso sí, — unos 10.000 habitantes — Moguer, pero grande porque así lo quiso el albur de la historia — Colón — y así lo decretó el genio de Juan Ramón. «Platero y yo» es, en suma, una epopeya, la epopeya de Moguer, más bien que de Andalucía. Res-

PERDONAME, desconocido y paciente lector, que te sirva un pasto saboreado ya tantás y tantes veces por tí en este «Suplemento» y en otras hojas volantes. Estas a modo de apostillas a la obra de Juan Ramón Jiménez, están pensadas y trabajadas en vida del poeta y guardadas en el cajón de la espera para que adquiriesen perspectiva de madurez. Hoy me atrevo a darlas a luz y a tu juicio y en homenaje del que reside en el oriente eterno. Perdón os pido a él y a ti.

tringiendo el área se perciben mejor los horizontes.

Para ser epopeya no le falta nada: En el libro pasan ante nuestros ojos los personajes más diversos y antitéticos; pero llenos de vida y vigor extraordinarios, moviéndose y actuando cada cual en su círculo propio, consciente y humanamente. Todos tienen su alma puesta a contribución de la idea que les da fuerza: saliendo a escena en los distintos capítulos sin que aparentemente se relacionen ni enlacen, cuando se ha terminado la lectura se comprende su razón de actuar en el conjunto armónico. «Platero y yo» es como

ciscano hermano Juan Ramón!

La dedicatoria del libro es el primer acierto de la obra: Juan Ramón lo dedica a una pobre mujer de trastornado juicio, es decir, del titulado sentido común — ¡quién sabe si los locos no son más razonables que los que nos titulamos cuerdos! — La persona en cuestión es Aguedilla, «la pobre loca de la calle del Sol, que me mandaba moras y claveles.» ¡Dedicatoria a una loca! También al poeta le tomaban por loco los rapaces de Moguer, viéndole a horcajadas sobre su burro gris perla, con su proverbial «barba nazarena». Todos somos locos en es-

por F. Puig Espert

la sucesión de CXXXVIII sueños, uno por cada capítulo de que consta la obra. Aislados, permanecen mudos e incomprensibles, pero igual que la teoría freudiana de los sueños, un sueño por separado, no cuenta para nada, no dice la menor cosa, no habla: el conjunto de ellos, el grupo, la cantidad posee la llave maestra de la interpretación, la clave.

Estos mismos personajes sin hilación aparente con el todo, una vez se ha leído la obra con atención, y mejor aún, releído, es cuando se humanizan, descubren el alma que les insufló su creador; se unen y se enlazan a la multiforme actividad moguerena, y nos educan en el conocimiento de un pueblo — paisaje, costumbres, dichos, sentimientos, folklore, en suma — de un pueblo que amaremos por siempre, conociéndolo hasta en sus menores detalles, aunque no hubiésemos estado en él jamás y fuera por nosotros ignorada su existencia.

Concedo que haya capítulos más emocionantes que otros: no está de sobra ninguno, sin embargo. Hasta el más corto de todos — cuatro renglones — «los burros del arenero», los lentos burros del Quemado, «que llevan clavada, como en el corazón», en «su picuda y roja carga de mojada arena, la vara de acebuche verde con que les pegan...», hasta este capítulo CXXX tiene una emoción incomparable. ¡Cuatro líneas tan sólo! ¡Pero no sentís vibrar en esas cuatro líneas, como cuatro cuerdas líricas, la triste condición de la raza de esos sufridos animales? ¡Qué contraste con la vida reglada de «Platero» mimado por su amo... no, digo mal, por su fran-

ta vida ante la incomprensión del vulgo, siempre ignaro y acomodaticio.

Y al doblar la página, la presentación del «héroe», Platero, el que acaricia tibiamente con su hocico... las florecillas rosas, celestes y gualdas; el que «es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...»; pero tiene acero, según comentan las gentes del campo al verlo pasar. «Acero y plata de luna, al mismo tiempo», añade el poeta.

Juan Ramón compara a su burrito con un niño, con una niña. Es un descubrimiento para el curioso lector el que hace a las primeras de cambio: Juan Ramón siente un amor grande por los niños. Tanto en la epopeya de Moguer como en el resto de su obra poética, siempre que puede, son los niños sus personajes: la «niña chica», que es «la gloria de Platero», la pobre criatura que cuando nadie se acordaba del asno, navegando en su cuna alba, río abajo, hacía la muerte... en su delirio, lo llamaba triste: «¡Platerillo!...»; Blanca, la muchacha que entierra al canario; «Sarito», el criado negro de Rosalina, que se peleó con un muchacho que le había partido la oreja de un mordisco; Lolilla, la tonta; Anilla, «la Manteca», la pobre niña que, jugando a fantasmas, murió electrocutada por un rayo; «Lucía, la tiritera del circo»; «la niña de la Arena, que vendía piñones tostados»; Rocillo, Pepe, Adela..., y otros muchachos y muchachas sin nombre, que cantan, juegan, rien y «circulan» sin cesar, bien en «Platero y yo», bien en sus innumerables versos. ¡Niños, muchos niños! El se acerca a los niños y

los niños a él. Juan Ramón es en verdad un niño grande y por eso los comprende mejor. ¿Ocultará, quizás, este su amor a los niños su pena de no haber tenido hijos?

Muchos de los personajes que desfilan en la epopeya de Moguer, cuya realidad es patente, puede que aún vivan. De todos modos, ellos nos hablan desde las páginas de «Platero y yo» con tal elocuencia, que nos producen el milagro de hacernos vivir su misma vida y la del pueblo en donde moran: el «barquillero», que nos recuerda su rueda y su caja cilíndrica de metal llena de barquillos con sabor de limón y de canela; «Mariano, el del naranjal»; el pintor Bartolomé Esteban, «el sevillano»; «Pioza», el viejo guarda de viñas; «el Sordo», amo de la yegua blanca que llevan al Moridero; don Julián — ¡oh musa irónica y un poco cruel de Juan Ramón! —, «más viejo y más torpe que la yegua blanca»; «la Macaria»; don Luis, el médico; Darbón, el veterinario, «el médico de Platero»; «Raposos», el aperador; Frasco Vélez, y Vasco, dos alcaldes de Moguer; Salud, la lechera, Ramona, la castañera; «el litri», torero de Huelva; Modesto, el director de la banda de música; doña Domitila y Liplani, maestros de escuela; Victoria, Lola, Pepa y Antonia; don Camilo, el pintor; María Teresa, «Polilla» y Perico; Manolito Flores; «Parrales», el bandido; don Ignacio, con su contrabando de aguardiente; «Colilla» y su hija; don Joaquín Oliva; los dos forzudos moguerenos: León, plattillero de la música y decano de los mozos de cuerda de la localidad, y «el Manquito», el mozo de coches; «el Pájaro Verde»; Rengel, el guarda; los taberneros Juanito Miguel y «el Realista»; y el liencero de la Mancha, y el quin-callero de Lucena, y el panadero, y «el tío de las vistas», y el consumidor, y los gitanos, ladrones de burros — ¡ojó, Platero! —, y el amolador, y los húngaros: la familia de Amaro, y... No creemos que hubiese más personalidades y personas en Moguer de las que llenan, graciosa y oportunamente, los capítulos del libro que titulamos epopeya, y cuyo «leit-motiv» es Platero, el burro al que sólo le falta hablar... Pero ¿qué digo? Sí, señores, Platero habla y siente como los humanos no sabemos hablar y sentir, y ello por obra y gracia creadora del otro héroe capital de la epopeya moguerena, Juan Ramón Jiménez, su compañero y amigo inseparable, su padre, en suma, que le dió vida eterna.

La atenta lectura de este poema en prosa nos conduce también al conocimiento del carácter de la gente. Por ejemplo: los hombres de la Carretería son sobrios, secos y sencillos, como «Raposos», y los hombres de la Ribera son alegres, morenos y rubios, como «Pi-

Tendencia de la contribución de

(Conclusión)

PROSIGAMOS con el juicio que nos merece el libro desde el ángulo en el que se sitúa Tamayo. Rehuye la vaguedad de la retórica, común a ciertos lugares de la Pedagogía y busca la concreción del tema. Para él son falsedades teóricas aquellas que se atribuyen a buscar la justicia y la igualdad entre las colectividades, como metas de la enseñanza más avanzada.

La fuerza de los pueblos, es la ley que rige la vida universal. La ética debe fundarse sobre la expansión conquistadora y la energía de las nacionalidades, en concordancia con los principios de Nietzsche. El derecho igualitario, el altruismo, fluyen de una moral funesta hecha para los débiles y negada por esta filosofía.

Por consiguiente, nuestra actividad educativa debe tender a la conquista de la energía vital, acumulada en las cualidades latentes de las primitivas razas que deben erigirse en elementos afirmativos



UNA PLAZA BOLIVIANA

de una conciencia social, de una conciencia boliviana en plena realización de existir.

Concretados estos principios,

aparecen las páginas mejores que Tamayo hubiera escrito, cuando arremete con vigor para exaltar los valores tradicionales del indio

La epopeya de Moguer

cón», el patrón de «La Estrella», el barco del tío de Juan Ramón, o «Quintero», el patrón del «San Cayetano», propiedad de su padre.

Nos enteramos de que los vinateros poseían barcos grandes: laudes, bergantines y faluchas, entre los cuales, además de los ya citados, se contaban «El Lobo» y «La Joven Eloisa»; de que en el castillo había unas gavias, más claramente jaulas, donde iban a terminar sus días animales y... personas, como «Pinito», el tonto, que fué a expirar a una de ellas; de que, según la creencia popular, en boca de «Granadilla», la hija del sacristán de San Francisco, se ve la Virgen del Carmen en las escamas de los pescados, si se miran contra el sol, como comprueba el bueno de Montemayor; de que había un coche amarillo, que la gente le puso como remoquete «el canario», en el que se trasladaba la cuadrilla a la Plaza de Toros; de que había aljibes y norias, prueba fehaciente de la sequedad comarcal; de una lista nutrida de calles y de plazas y de otros distintos lugares del término municipal de Moguer, como formando una perfecta guía del pueblo: la calle Nueva — con los superpuestos nombres de Cánovas y de fray Juan Pérez, el protector de Colón —; las de Enmedio, de la Fuente, de la Carretería, de las Flores, del Corral, de San José, de San Antonio, de la Ribera, de la aceña, el callejón del Tío Pedro Tello; la plazoleta de los Escribanos, las plazas del Marqués y del Pescado; los barrios de los Marineros, de la Friseta, del Monturrio, del Vallado, de los Hornos...; el cuartel de la Guardia Civil — ¿cómo no?, paramento de los pueblos españoles —; la

Fuente Vieja; el Pozo del Concejo; la Rica; la Pila; el Puente de las Angustias; la Ermita de Montemayor; la Colina Roja, «la que se levanta como un torso de hombre y de mujer sobre la viña vieja de Cobano...»; la Estación de San Juan; las bodegas del Diezmo y del Castillo; el huerto y la casa de la Piña — de elegiaco recuerdo —; los campos de San Juan y de Lucena; los caminos de los Llanos y de San Antonio; la dehesa de los Caballos; el célebre Coto de Doñana — que nos trae el recuerdo de reales cacerías borbónicas —; el cortijo de Montemayor; el Pinar de las Animas; la viña de los puntales; los Trasmuros; el Vallejuelo; la Cañada del Peral; el Verjel — parque rodeado de verja —; Sabariego; los arroyos de los Llanos y de los Monjes; las casas de las Colillas y de Lobato; el corralón de la Bodega; el corral de San Francisco; la choza de las Madres; el Molino de Viento; el Almendral; los dos Fresnos; la Rocina; la posada de las Tablas; la vuelta del Porche...

¡Y qué fuerza emotiva no trasmite al lector cuando se encuentra con las descripciones de las costumbres, con sólo unos cuantos brochazos de mano maestra!

Dígalo, si no, la «Cencerrada» — capítulo CIX —. No puedo resistir a la tentación de transcribirlo íntegro, como reincidiré con otros maravillosos aciertos, no incluidos en las ediciones llamadas «menores», en las que solamente se publican poco más de la mitad de los capítulos.

«Verdaderamente, Platero, que estaba bien. Doña Camila iba vestida de blanco y rosa, dando lección, con el cartel y el puntero, a un cochinito. El, Satanás, tenía

un pellejo vacío de mosto en una mano y con la otra le sacaba a ella de la faltriquera una bolsa de dinero. Creo que hicieron las figuras Pepe el Pollo y Concha la Mandadera, que se llevó no sé qué ropas viejas de mi casa. Delante iba Pepito el Retrato, vestido de cura, en un burro negro, con un perdón. Detrás, todos los chiquillos de la calle de Enmedio, de la calle de la Fuente, de la Carretería, de la plazoleta de los Escribanos, del callejón del Tío Pedro Tello, tocando latas, cencerros, peroles, almireces, gangarros, calderos, en rítmica armonía, en la luna llena de las calles.

«Ya sabes que doña Camila es tres veces viuda y tiene sesenta años, y que Satanás, viudo también, aunque una sola vez, ha tenido tiempo de consumir el mosto de setenta «vendimias». ¡Habrá que oírle esta noche detrás de los cristales de la casa cerrada, viendo y oyendo su historia y la de su nueva esposa, en efígie y en romance!

«Tres días, Platero, durará la cencerrada. Luego, cada vecina se irá llevando del altar de la plazoleta, ante el que, alumbradas las imágenes, bailan los borrachos, lo que es suyo. Luego seguirá unas noches más el ruido de los chiquillos. Al fin sólo quedará la luna llena y el romance...»

No ha descuidado tampoco el autor, antes bien le ha deparado bastantes capítulos, el calendario religioso-pagano de fiestas y conmemoraciones. La peregrinación del Rocío, el Corpus, Nochebuena, Navidad, los Reyes Magos — ¡cuadro encantador de ternura en juegos de niños! —, la representación de las cuatro estaciones del año en diferentes descripciones, el Carnaval, la vendimia...

y trata depresivamente la conducta del blanco y del mestizo. En estos trazos del libro adquiere una argumentación consistente y alcornica literaria. Mas, habrá de echarse de ver, muy luego que, comparar el comportamiento del indio y del mestizo, es incurrir en una errónea suposición, porque no puede haber unidad psíquica entre dos elementos que divergen social y culturalmente. Pues, mientras el uno está subordinado a la estructura urbana con sus característicos conflictos de orden económico y, por ende, clasista, el otro añade a los actores que operan en el plano de la infraestructura, su actitud contraria a la aculturación, desde aquel instante en que los grupos nativos quedaron cerrados en el círculo de sus valores tradicionales rechazando las incitaciones de la vida occidental que la consideraban para ellos inhumana y avasalladora.

Cualquiera que fueran los argumentos de permanencia sociológica que la crítica actual pudiera conservar como válidos, es indiscutible que el escritor cumple su elevado magisterio, cuando penetra con plena posesión del asunto, en el análisis funcional de las facultades psíquicas del indio. Desmenuza con destreza las conformidades de pensamiento, de actividad y de acción de los individuos asociados a sus grupos. Profundiza desde los más aparentes hasta los fenómenos más recatados en los pliegues del alma primitiva, encontrando su repetición y concordancia como productos de un pueblo duradero y organizado que se ajustara a las raíces de su origen, de su idioma, de sus costumbres y de su destino histórico.

Magníficos capítulos, donde la trialdad didáctica se anima con las sonoridades del estilo, demostrando el caudal de cultura de quien escribe con maestría, para penetrar con agudo entendimiento en el espíritu de un ser humano, calificado como impasiblemente inexpressivo, por aquellos que no tuvieron la solicitud de aventurarse en sus enigmas.

Mas, habrá que notarse que en estas páginas aleccionadoras para el conocimiento de la Psicología Social, incurre el autor en la imprecisión metodológica a la que aludimos, impidiendo descubrir cuáles son los hilos que forman la textura complicada del alma del indio y los resortes que mueven su inteligencia, su emotividad y su comportamiento.

La Psicología Social, para nosotros, establece una zona intermedia entre la Sociología que estudia los procesos de interacción humana, y la Psicología propiamente dicha, que analiza los fenómenos del espíritu. Por consiguiente, esta ciencia intermedia trata de determinar con más acierto las particularidades psíquicas de una sociedad determinada, con cierta estabilidad, para conocer sus modos de comportamiento y de expresión emotiva y mental que ella tenga.

Tamayo a la sociología boliviana

Como los fenómenos psicológicos se producen por el estímulo de las fuerzas externas que residen en la naturaleza, por las condiciones propias de la biología individual y por una trama de relaciones sociales, habría que buscar las conexiones que guardan entre sí estos tres factores y medir, si cabe semejante estimación, su influjo sobre el espíritu de los grupos.

Los agentes geofísicos actúan sobre la evolución y conservación de las colectividades, influyendo sobre la parte vital. De la constitución biológica de los seres humanos ha derivado la naturaleza determinante de la herencia que se estabiliza con la reproducción. Hasta aquí, ambos factores confieren una tendencia naturalista al psiquismo del hombre. Pero, los pensamientos, las emociones y los impulsos volitivos, son transmisibles por imitación, se socializan por las interacciones, dando lugar a los hechos sociales, los cuales dependen de las estructuras y formas que adopta la colectividad en su ordenamiento. De este trato social nace la cultura que se transmite por conducto de las generaciones que se cohesionan y articulan.

Serían obvias estas digresiones si no quisiéramos señalar que en el libro de Tamayo existen conceptos desproporcionados con respecto a la evaluación de los factores naturales, creando cierto determinismo biológico y geografista, que ya no pueden ser admisibles por las dicotomías a que pudieran dar lugar.

Si la cultura no se encaja en el mecanismo de la herencia, quiere decir que las ideas, hábitos, creencias y prácticas, son adquisiciones y tendencias que se conquistan por la vía social.

Queridos lectores y colaboradores del «Suplemento»

Este número de marzo aparece con un mes de retraso... porque circunstancias mandan. Con motivo de la visita de un señor preponderante al país que nos cobija, la redacción de este mensual se vio precisada a abandonar su labor consuetudinaria para ir a estudiar el clima y las costumbres corsas, que de paso aseguramos ser muy recomendables.

Queda, como consecuencia, trabajo acumulado, que iremos cumpliendo con esfuerzo a fin de que la colección del Suplemento Literario no deje de comprender los doce números correspondientes a año.

En razón, pues, al argumento expuesto, creemos quedar dispensados de causa por nuestros estimados lectores y colaboradores.



Sería obvia esta digresión desde el plano teórico, si no estuviera dirigida a corregir los errores de perspectiva sociológica. Un problema de la magnitud que tiene el indio rural, debe ser apreciado con la consideración de todos los factores que se conjugan, para tratarlo íntegramente. El determinismo biológico o gregarista, niega esta categoría de hechos. El comportamiento, la mentalidad, la naturaleza afectiva del indio, pueden transformarse por la mudanza de sus estructuras sociales, respondiendo a un proceso de cambio en los ingredientes económicos y culturales. Pero, de habernos atendido exclusivamente al preconcepto de raza, estos cambios no hubieran sido operantes y no los hubiéramos podido observar en torno los últimos acontecimientos de nuestra Historia.

Con un miraje ya renovado por la experiencia de los sacudimientos que han roto la sedicente organización colonial, entendemos que no hay permanencia en las manifestaciones psíquicas, porque ellas no proceden de una raíz concretamente determinada y que hay cambios en la personalidad de los individuos, concordantes con las variaciones del vivir colectivo.

Reflexión útil para saber que, si se acelera la Reforma Agraria, ella debe ser integralmente planificada en un sistema de transculturación que vaya infundiendo en las poblaciones rurales, las técnicas de trabajo, el principio de responsabilidad y las normas de convivencia con todos los grupos bolivianos, condiciones necesarias para reprimir, destacar y canalizar las expresiones anímicas del indio.

En lo que concierne al mestizo, Tamayo no desconoce su importancia demográfica y social, porque constituye el tipo de unidad étnica que caracterizara con el tiempo la fisonomía de Latinoamérica y de la bolivianidad más genuina. Empero, no se detiene a discutir sobre las causas que lo condicionan negativamente.

Sujeto que se coloca en primer plano dentro de la vida nacional, ha merecido escasa, o ninguna atención de control educativo, para adquirir su verdadera ruta mental y ética. Alejado de las actividades productivas, contaminado de las prácticas y prejuicios mecánicamente repetidos por la tradición, prohibido por su status de concurrir a la escuela, sin equipo de conocimientos básicos, el país no ha sabido aprovechar el poder de plasticidad de su mente para conceder mejor orientación a sus aptitudes naturales, estimulándolas o modificándolas.

Sin embargo, representa un vehículo de enlace entre los rasgos que componen los complejos

culturales de nuestros pueblos. El mestizo, por necesidad de acomodación social entre sus progenitores indígena y blanco, manifiesta su comportamiento ambivalente en tanto se produjera un ajuste en las relaciones de ambos grupos, separados por las diferencias de los estamentos coloniales.

No debemos omitir que ha actuado en condiciones de inferioridad, satisfaciendo deficitariamente sus necesidades vitales y repitiendo los malos hábitos mantenidos por la tradición de muchas generaciones. Ese a lo cual, este tipo, concreción humana de la bolivianidad, es quien se aprovecha de los movimientos de ascenso en la escala del grupo. En cuanto llegan a su alcance las actividades del comercio y de la industria y la popularización de la enseñanza, se acoge a estas actividades y a las profesiones liberales. A medida que el aparato de la burocracia administrativa exige mayor número de individuos especializados, se incrusta en el funcionamiento militar, en la magistratura, en la docencia, formando para de una pequeña burguesía a la que le impulsa el coraje de ascender. Las clases medias cuentan en su estrato con una proporción mayoritaria de artesanos y empresarios de taller, obreros de especialización, técnicos y poseedores de la pequeña propiedad, lo cual revela que un elevado índice de unidades han ascendido desde la más humilde extracción.

Alguien ha dicho que el concurso activo de la masa en el proceso de la independencia boliviana, comprometió definitivamente su intervención en las agitaciones partidarias que trajo consigo el advenimiento de la República. Y así lo hallamos como agente principal del acontecer histórico en los motines y eventos electorales, hasta convertirse en protagonista y rector de los grandes sacudimientos de la patria, en alineación con el blanco.

Todo ello muestra su tensa aptitud a la movilidad social, con los vitales impulsos que posee, a la par que cualquier otro tipo humano que busca romper las formas estratificadas de una sociedad. Este afán es signo perfectible al que propenden los pueblos, respondiendo a la dinámica de la Historia.

Las mudanzas sociales, con todos los desequilibrios y crisis que traen consigo, demuestran la vigorosa reacción del hombre para vencer el pasado en concordancia con los anhelos que va creando su mente. Y en esta lucha, que es la ordinaria regla del vivir, demuestra la plasticidad de sus aptitudes por efecto de la interacción, para persuadirnos que no existe nin-

guna raza usufructuaria de cualidades establecidas por un determinismo fatal.

Tamayo, es el ejemplo vivido de esta tesis, porque representa el producto humano al que puede llegar la amalgama estructural de las sangres, alquitarada por un espíritu superior.

Estas breves reflexiones en torno a la inquietante obra del polígrafo nacional, fluyen de la intención honesta de aceptar las revaluaciones de la ciencia que nos devuelve la fe en la superación del hombre y de las sociedades, recordándonos de la fatalidad a la que parecía habernos condenado el proceso histórico.

Por encima de las diferencias de criterio metodológico, explicables por el transcurso que medió entre la aparición del libro que nos ocupa y las investigaciones contemporáneas, la ciencia ha superado su especulación. Por ello, debemos enaltecer, las excelencias de otro orden de la obra de Tamayo, excusando sus errores de perspectiva. Tiene páginas de tal intensidad y palpación humana, que ellas solas valen para perpetuar el nombre del ilustre escritor nacional. Además, en el nutrido engarce de conceptos que contiene, queda en vigencia su preocupación por el fenómeno transculturativo del indio. Especulaciones significativas del pensador, que en Bolivia llegó a sentar las bases de una nueva disciplina, la Antropología Cultural, de lento desarrollo entre los estudiosos nacionales que se ocupan de las conexiones de las culturas.

Para concluir, debemos sostener que Tamayo mantiene en este libro la mesura y la severidad; el fuego de la embestida y el gesto solemne del magisterio, dando a su prosa tonalidades de lo heroico, cuando entra en la profundidad del tema. Estas cualidades de la obra, nos traen la persuasión del intelecto agudo, flexible, hondamente escrutador, confirmando la categoría alcanzada por el magnífico polígrafo, que para honra de las letras bolivianas fué un intelectual puro, a la manera de los que se aplican a oficiar en el ara de la ciencia y la belleza que les pudiera conferir su ingreso a la inmortalidad.

Humberto González Arce
Cochabamba (Bolivia).



Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

y III

Muchas veces me había preguntado qué habría sido de Enrique Llácer de los cien Enrique Llácer que pululaban en la Valencia libre, tolerante y humana y que como él tenían abierta el alma a todas las verdades, vinieran de donde vinieran, con tal de que hablasen de paz, de libertad y de amor, sin lo cual no serían tales verdades. En la página 139 de la primera novela de Botella he conocido el desenlace. Cuando en el «Hall» del hotel inglés, huéspedes y camareros, se deleitaban oyendo recitar unos romances de Pedro Garfías, el silbido estridente de las sirenas interrumpió la poesía. «Y el poeta eleva la voz,

*que cada gota de sangre
me fué noradano las sienas.*

Al fin todo se confunde en el estruendo de dos explosiones simultáneas. El hotel se llena de humo y polvo, gritos y pánico, timbales y lamentos. Han caído dos bombas en el «hall». Una mujer ha perdido un brazo arrancado de cuajo desde el hombro. Enrique, el camarero escritor, ha muerto atravesado de la espalda al pecho por un casco de metralla. Cayó con los ojos inmensamente abiertos, con las manos crispadas sobre una consola, y una expresión de angustia infinita que Ignacio dijo ignorar si correspondía a los últimos instantes de aquí o a los primeros del más allá, antes de su primer coloquio con Dios.»

Al mismo tiempo que se desenvolvía en el extranjero la acción de «Así cayeron los dados», y de las otras novelas que nos promete Virgilio Botella, acaecía en España un ciclo paralelo de dramáticos episodios, igualmente fecundo para la inspiración literaria. A la tragedia del éxodo, a través de los Pirineos, corresponde en España la huida apocalíptica hacia el puerto de Alicante, seguido de «La hora del juicio final», como Carlos Monreal titula su novela, de una intensidad dramática difícilmente superable. Si esta novela hubiera sido escrita por algún espectador extranjero o por algún falangista arrepentido, probablemente habría allegado a su autor alabanzas y dinero. Desgraciadamente para él, Carlos Monreal, fué en España un perseguido y es ahora un desterrado; quiero decir que contará de antemano con un prejuicio desfavorable, cuando menos con la insolidaridad de sus compañeros de desventura. Otro de los caracteres del «talante del exilio» es la espontánea inclinación del ánimo amargado a desconocer, achicar y deslustrar los méritos de los ajenos. Parece como si el triunfo del hermano en desdichas, vertiera nuevo acibar en el cáliz de nuestras angustias. En lenguaje clásico se llama a esta tristeza por el bien ajeno «la envidia».

Varios relatos he leído, todos ellos apasionantes, de la homérica hecatombe alicantina. Fué allí, en el puerto de Alicante, donde la implacable insensibilidad universal cerró a los desesperados la puerta entreabierta a la esperanza. Por una vez en la historia, no se abrió por el mar la ruta de la libertad. José E. Leiva había descrito muy bien con sus propios datos la caída de las ratas rojas en la ratonera que les tendió la propia ingenuidad y la crueldad ajena. En la revista «Mediterráneo» de Méjico, el diputado socialista Enrique Cerezo publicó otro relato igualmente patético de aquella «hora del juicio final». Carlos Monreal convierte ahora en novela lo que fué vida.

Derrumbados los frentes de la zona Centro-Sur, se desparraman los soldados fugitivos de la Repu-

por Fernando VALERA

blica por las carreteras. Carlos, una rata roja más, huye hacia Valencia con la ilusión de reunirse a su joven esposa y de escapar juntos hacia el mundo de la libertad por el puerto de Alicante. No se sabe como ni quien: una consigna, una pérfida anagaza, una esperanza candorosa, había ordenado a rodar la buena nueva. Todo quedó en homérica carcajada de burla y de desprecio. La humanidad se rio del heroísmo de los pobres soldados republicanos que durante tres años habían ofrecido el pecho desnudo a los mercenarios de la tiranía. Las víctimas también rieron, rieron su desprecio olímpico, a los dioses y a los hombres. Todos rieron; los héroes, su dolor; los dioses, su crueldad; los demás hombres, su vileza y su cobardía: «A la salida de Utiel un viejo campanario recorta su inconfundible silueta, mudéjar en la negrura del cielo impotente. Fauces abiertas en la boca sin campanas», se lee, patéticamente, en la «Hora del juicio final».

Y uno de los personajes comenta:

«— Muchacho, hasta aquí hemos llegado. Ya hemos reído bastante. Mañana, en todos los campanarios de España reirán las campanas. Reirán mientras toquen a muerto».

Y más adelante: «Todos los ríos de lágrimas, toda la sangre emponzoñada que derramarían las exhaustas ratas hispanas en defensa de la libertad durante su lucha contra Franco y sus engendradores, Hitler y Mussolini, y toda la que haría derramar la mayor represión clerical que conocieron los siglos, han subido al cielo en sublimo Carcajada». «Carcajada de España. Carcajada descomunal y asombrosa, helado alido de caballo herido que prece-

ció en la conquista de las alturas a las pestíferas eflorescencias de las bombas atómicas. Más tarde, nuestra rota carcajada, que aún continúa resonando por los valles del mundo, irán a reunirse en los cielos con los gemidos escapados de miles de pecos en los campos de Buchenwald y Dachau.»

De la ratonera de Alicante salieron unos inmediatamente para la eternidad, los asesinados y los suicidas; los más, hacia los campos de tortura, los calabozos y las ergástulas de la venganza fascio-ideológica. José E. Leiva, en su libro «En nombre de Dios, de España y de Franco», y Rafael Sánchez Guerra en «Mis prisiones», nos habían ofrecido dos magníficos documentos de esta ordalia sin precedentes de la crueldad franquista: ferocidad quintaesenciada y químicamente pura, sin las pre-

dice la novela de Carlos Monreal describiendo la vida y sufrimientos de las ratas rojas en el penal de San Miguel de los Reyes, incluso — y que el autor me perdone la indiscreción — he logrado identificar al sacerdote desalmado que se recreaba avivando los temores de los condenados a la última pena, cada vez que había tenido lugar una «saca» en la «nave de la muerte»: «—hoy no les rusian a usteces. Mañana, veremos. Queden con Dios, hermanos...»

El don Enrique Balanzá, capellán de la cárcel en la novela, se llamaba en el mundo real Enrique Barrachina. Los valencianos de mi tiempo que recuerdan el merecido presagio de que gozaban los acreditados establecimientos similares de Balanzá y Barrachina, en la que fué Plaza de Castelar, ahora por mal nombre Plaza del Caudillo, comprenderán fácilmente el artificio de que el novelista se ha valido para señalar al hombre real — ¿hombre? — tras el personaje fingido de su novela.

«La hora del juicio final» comprende toda la ordalia de la represión y la venganza franquistas, en los campos de tortura, en los consejos de guerra, en las cárceles y penales y, más tarde, para los supervivientes, en alguna de las cuatro libertades que desde 1939 disfrutaron los españoles: la libertad condicionada, la libertad vigilada, la libertad en residencia forzosa y la libertad bajo fianza. Tras de tantos años de angustia, entre la muerte y la vida, o mejor dicho, en una muerte infernal que sólo tiene de vida el recuerdo y la esperanza, Carlos, el protagonista, y su inocente mujer, la dulce Rosa, que lleva en el vientre la promesa de una nueva vida, terminan siendo sacrificados a la bárbara ferocidad falangista.

Un defecto de técnica deslucé a ratos esta obra, por lo demás intensa y apasionante: la preocupación doctrinaria del autor, más propia del propagandista o del escritor político que del novelista. Se adivina que a Carlos Monreal, como a otros muchos españoles, tanto o más que el calvario de nuestro pueblo, le duele el sarcasmo de que se haya consumado al amparo de la Iglesia Católica. Yo he escrito en otra ocasión que el INRI, el sarcasmo, duele todavía más que la Cruz. Esta indignación le brota demasiado reitera-



Asimismo, de boca de uno de los supervivientes, me ha sido dado comprobar la veracidad de cuanto

A MANERA DE INTRODUCCION A UNA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ESPAÑA

Las luchas del pueblo español desde la Edad Media hasta el siglo XVIII

No solamente está matizada la historia de los siglos medievales españoles, hasta los tiempos modernos de incontables hechos de la rebelión justiciera de los obreros y campesinos en defensa de sus intereses y de su dignidad, sino que menudearon a veces también los pensadores y reformadores audaces que proponían nuevas ideas y nuevas perspectivas de reajuste social. Se encuentran en los escritores de siglos pasados admirables antecedentes de las concepciones sociales de nuestros días. Joaquín Costa, Pedro Dorado Montero, Unamuno, Práxedes Zancca, hacen mención en sus obras de esos precursores del pensamiento social moderno.

Si hay gestas como las de los agermanados levantinos que recuerdan las sublevaciones gremiales de los siglos XIX y XX en España, hay pensadores como el trinitario Alonso del Castrillo que puede darse la mano desde el primer tercio del siglo XVI con los escritores libertarios modernos. En

1521 vió la luz en Burgos la obra *Tratado de República*, en donde Alonso de Castrillo defiende la comunidad de bienes y presenta como ejemplo el enjambre de abejas, que lo disfrutaban todo en común, abastos y viviendas; sistema que la obediencia fue introducida, más por fuerza y por ley positiva que por natural justicia. «Sólo la obediencia de los hijos a los padres y de los menores a los mayores de edad, toda la otra obediencia es por natura injusta, porque todos nacimos iguales y libres». Cánovas, que estudió la obra de este monje dijo que muchos conceptos de Louis Blanc en 1848 se encuentran en la obra de Alonso del Castrillo.

Luis Vives defiende el derecho al trabajo en su obra *De Subventionne Pauperum* (1626): «El que quiere comer que trabaje, pero el que quiera trabajar encuentre dónde». Expuso elocuentemente los deberes del individuo para con la sociedad, pero también los deberes de la sociedad para con el indivi-

duo. No podía admitir que en una nación existiesen hombres torturados por el hambre, sin que sus funcionarios o magistrados pudiesen arbitrar algún remedio eficaz. A ningún pobre en condiciones de trabajar se le debe permitir el ocio o la mendicidad; pero a cada industrial se le habrían de asignar un cierto número de obreros que no estén en condiciones de tener fábrica, obrador o un medio de trabajo independiente, y los demás habrían de ser dedicados a obras públicas, de modo que el Estado procure a los ciudadanos todos una existencia segura. Los derrochadores de su hacienda deben ser protegidos también, pero obligándoles a trabajos penosos, como castigo por su conducta depravada. Se citó a menudo esta opinión de Vives: «Allí donde los nombres han hecho del amor al bien y del odio al mal una segunda naturaleza, no hacen falta leyes para vivir recta y ordenadamente; y donde, por el contrario, esos hábitos faltan, las leyes no

los suplen, por muy perfectas y numerosas que sean; razón por la cual el poder público debe mirar como principal misión suya la de educar a los gobernados, mirando el manantial de donde brotan las acciones, la interior disposición de ánimo». También dijo que las leyes, «más que normas de justicia para vivir según la ley de la razón, son emboscadas y lazos armados a la ignorancia del pueblo».

El jesuita Ribadeneira, en su *Tratado del principio cristiano* (1595) sostuvo que entre las primeras obligaciones de un monarca estaba la de favorecer a los débiles y oprimidos.

Son voces que reflejan una condición social de desamparo que exigía clamorosamente remedios, y no únicamente por impulsos de la caridad cristiana.

El padre Mariana, en *De Rege et Regis Institutione* (1590) no sólo justifica el regicidio de los tiranos, sino que escribe de aquéllos que carezcan de lo más preciso junto a otros repletos de riqueza, no pueden garantizar tranquilidad ni paz duradera, y para que no se produzca este malestar social que fuerza al pobre a rebelarse o a dejarse morir, la sociedad debería regular la distribución de la riqueza natural y el acaparamiento y el uso de capitales. Ideas que enfrentan una situación de injusticia y de miseria intolerables.

De fray Luis de León dijo Joaquín Costa en un estudio elocuente: «El ideal de fray Luis es una nación sin Estado, o, más bien, un Estado que diríamos a la moderna, «libertario», en que la gracia divina, alumbrando interiormente las almas, hiciera a veces leyes, y donde el oficio de gobernante fuese como el del pastor, «el cual — dice fray Luis — no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobiernan». «Tatar con sólo la ley escrita — continúa diciendo el gran místico — es como tratar con un hombre cabezudo por una parte... y por otra poderoso... La perfecta gobernación es de ley viva, que entiende siempre lo mejor y que quiere siempre aquello bueno que entiende»...

En casi todos los místicos españoles de temperamento recio, al contrario de la blandura que caracteriza a los místicos de otros

Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

damente de la pluma, en forma de comentarios explícitos que, en buena técnica novelística, debería haber dejado a la conciencia del lector. Si se suprimieran en total cuatro o cinco páginas de comentarios dispersos por el libro, y se dejara a la acción, a las situaciones o a alguno de los personajes que hablaran por sí mismos, la novela ganaría en perfección y belleza lo que perdiese en doctrinarismo.

★

Mientras los personajes de las novelas reseñadas padecían las experiencias del exilio o de la represión, germinaba en España una nueva simiente de rebeldía. Unas veces, los rebeldes, los resistentes, eran combatientes republicanos que habían sobrevivido a la derrota y escapado al exterminio; otras, surgían de entre el buen grano popular que los azares del destino había dejado caer en los ortigales del falangismo militante. También este aspecto del drama español ofrece singulares elementos de inspiración a la novela contemporánea. Entre otros libros de que no voy a ocuparme de manera circunstanciada, no porque no sean interesantes, sino por ser ampliamente conocidos y alabados, quiero mencionar «La fin de l'Espoir» de Juan Hermanos, editado por Paul Sartre; «El árbol de Guernica» de la escritora inglesa que utiliza el pseudónimo de Shevawn Lynam, y «Les Rambles finissent a la mer» del ya consagrado novelista José Luis Villalonga.

Hay, luego, el drama espantoso de las mujeres, los niños y los

ancianos que se vieron arrastrados en la polvareda del éxodo republicano, y que durante la era nazi vivieron o murieron tratados como irrahombres, en el rango inmediatamente posterior a los perros y a los judíos, en la escala de valores hitlerianos. Da noticia literaria de esta experiencia el libro de Michel del Castillo «Tanguy», del que con tanto elogio se ha ocupado la crítica parisina.

Y con esto pongo fin a tan somero ensayo. No he tratado en él de agotar, ni siquiera de esbozar, el ya copioso caudal de novelas inspiradas en el ciclo histórico de la Guerra de la Dignidad Española; sólo he pretendido desplegar un abanico de su riquísima temática. No quiero olvidar, sin embargo, dos autores especialmente renombrados: Arturo Barea, que se consagró como gran novelista en «La forja de un rebelde», donde ofrece una vivida estampa — quizás biográfica — del español que peleó por la libertad, y Ramón Sender, cuya novela «Los cinco libros de Ariadna» — «The five books of Ariadna» —, publicado no ha mucho por la *Iberica Publishing Company* de New York, intenta recoger «el vasto panorama de la guerra civil española en toda su grandeza y miseria». La obra ha parecido a algunos de sus lectores apasionada, parcial y tendenciosa, como suelen serlo casi todas las «Confesiones» de los exmaniqueos convertidos al buen sendero de la verdad.

A pesar de lo mucho que ya se ha escrito, el manantial está todavía inexhausto. La tragedia española fué el aldabonazo que desper-

tó en muchas almas el sentimiento adormecido de la noble pasión política. François Mauriac me ha confesado que su alma fué una de ellas. En realidad, desde 1936, los seres humanos se clasifican en dos categorías: los indignos que se resignan por interés, por odio, o por simple comodidad a la inmensa justicia, y los otros, los que llevan en la carne viva de su alma, como una llaga abierta y sangrante, el dolor y la afrenta de un pueblo inicualemente sacrificado. En 1936, el heroísmo inesperado e imprevisible del hombre español — sin cuya resistencia de tres años las democracias no hubieran llegado a tiempo de frenar la avalancha hitleriana — espoleó la conciencia de la humanidad. «Madrid, corazón del mundo», escribía yo mismo el 7 de noviembre en Madrid, antes de que el gran poeta Machado inmortalizara el grito.

Ahora, en esta hora de abyección universal en que ha naufragado la victoria de las democracias — ¡oh, la siniestra estafa de la sangre de los héroes, a quienes se llevó ante el ara del sacrificio con el señuelo de la libertad! —, la gesta española sigue siendo el fermento de la honra y dignidad humanas. Y la literatura sana, recia, hombruna, auténtica, que nazca de aquel crisol del heroísmo, está destinada a prevalecer, a la larga, sobre la novela escatológica de neuróticos y amorales, de homosexuales y semivirgenes, a lo Françoise Sagan, el único rasgo común de cuyos personajes es un insípido, un estúpido, un inmortal aburrimiento.



Las luchas del pueblo español desde la Edad Media hasta..

pueblos, se encuentra declarada hostilidad a las leyes y autoridades externas y firme adhesión a la ley interior y a la individual. De Dios abajo, ninguno.

González de Cellorigo, en sus *Memoriales* (1600) combate y censura la altanería y presunción de los que menosprecian los oficios mecánicos y expone ideas favorables a la igualdad económica de todos los ciudadanos.

Gutiérrez de los Ríos, en *Noticia general para la estimación de las artes* (1610) combate con acritud a los ociosos y ensalza a los que trabajan. Pedro de Guzmán, en *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad* (1614), contrario a los prejuicios existentes entre clases nobles, recomienda la dedicación a toda clase de industrias, «porque estando el reino tan exhausto de gente, que no llega a cuatro millones de habitantes, no se puede defender, ni gobernar, ni gozar, si la poca gente que queda no se aplica al trabajo y a la labor y cultura de la tierra». Sancho de Moncada, en su *Restauración política de España* (1619), reclama arbitrios para que los hombres puedan emplearse en trabajos útiles, y Fernández de Navarrete, en *Conservación de monarquías* (1625) se queja del atraso de España por no ser estimados los trabajos manuales y quedar abandonados los frutos de la naturaleza.

Saavedra Fajardo, en su *Idea de un príncipe político-cristiano* (1640), deplora también el abandono del cultivo de los campos, el menosprecio del ejercicio de las artes mecánicas en el afán de títulos y posiciones de nobleza, y la desestimación de las ocupaciones consideradas opuestas al señorío.

Martínez de la Mata, a mediados del siglo XVII, sostenía que la industria es la verdadera piedra filosofal y que el trabajo es el único fundamento del valor, cimiento de las doctrinas colectivistas ulteriores; si el trabajo, decía, es el origen legítimo de la propiedad, el capital es el resultado del despojo, puesto que no se halla en manos de los trabajadores, los únicos que deberían ser propietarios.

La miseria reinante, el abandono y la pauperización de las masas populares hizo proponer a fray Juan Cano, en *Reformación mora, política y cristiana* (1657) y al economista Álvarez Osorio, medidas reparadoras que rozan con la utopía para proporcionar trabajo a todos los obreros. Este último, sobre el cual escribió Joaquín Costa en *La España moderna* (1902), llegó a proponer que se quemasen los libros de leyes, «para que no acaben con el país, reduciendo a un solo volumen las que parezcan indispensables para el buen gobierno».

El conde de Campomanes, en su *Discurso de la educación de los artesanos y su fomento* y en otros trabajos similares demostró que la base del poder y de la grandeza

no estaba en las aventuras guerreras, ni en la espera del oro de los galeones que llegaban de América, y que muchas veces se perdía en el fondo del mar o caía en poder de los piratas enemigos, sino en el desarrollo de la industria y de la agricultura, en la supresión de los obstáculos que trababan su desarrollo, en la enseñanza gratuita de las clases pobres y en todo lo que tendiese al

progreso económico. Sostuvo, más concretamente aun que Vives, el derecho al trabajo; según su manera de ver, el gobierno debía talear al pueblo instrucción y medios de vida. No bastaba decir a los desvalidos que trabajasen; era preciso enseñar al ocioso a buscar su oficio y proporcionar salida provechosa a sus manufacturas. Habló de la reglamentación del trabajo de los niños en los talleres, de la creación de escuelas para la enseñanza industrial, etcétera. La ocupación natural de los hombres es el trabajo productivo y no disminuye la condición social de nadie la aplicación a un oficio determinado; proponía el ingreso de los menestrales en los cargos públicos para que se incorporasen de ese modo al resto de los ciudadanos. Combatió la reglamentación en materia industrial y propició el libre desarrollo de la actividad laboriosa, sin normas estrechas y rígidas.

Jovellanos derivaba del derecho a la vida el derecho que tenía todo hombre a trabajar; ese derecho al trabajo, que comprendía todas las ocupaciones útiles, abarcaba toda la extensión del vivir mismo. Luchó contra las trabas que impedían el libre uso de las aptitudes de cada uno, inclusive las de tipo gremial.

Pérez López, en *Principios del orden esencial de la naturaleza* (1785), propuso la instauración de una contribución a los ricos para alivio de los menesterosos que no pudiesen proporcionarse labores productivas.

En general, en el siglo XVIII, se reacciona contra los monopolios de los gremios estancados y en favor de la libertad de empresa. Como Campomanes y Jovellanos, opinaban Larruga, Pérez y Quintero, Sampere, el autor de *Historia del lujo y de las leyes suntuarias*, un trabajador infatigable cuyas obras, en parte inéditas, podrían esclarecer muchos aspectos de la historia de España. Se aludió a la oposición contra normas y reglamentos y trabas de las instituciones gremiales, consideradas fuera de época y que sólo se mantenían como privilegios mezquinos en un país acosado por las privaciones y la miseria; pero había también defensores de los cuerpos gremiales, que hacen respetables a los artesanos, por constituir un

orden visible y permanente en el Estado, al margen del Estado, como órganos de defensa contra arbitrariedades de toda índole y como expresión del espíritu de solidaridad y de ayuda mutua. Campomanes, en sus *Memorias del comercio, de la marina y de las artes en la antigua ciudad de Barcelona* (1779), defiende la agremiación y considera a los gremios como factores importantísimos para la con-

servación de las artes y para la estimación de los mismos artesanos; merced a ellos, la inteligencia, economía y actividad de los menestrales se promueve el desarrollo industrial que tanto contribuyó a la riqueza catalana; sin la vigilancia gremial, no sólo los artesanos verían en peligro su propiedad y su fortuna, sino que además el falsificador y el chapucero se verían favorecidos por la impunidad, la libertad quedaría convertida en funesta licencia.

**

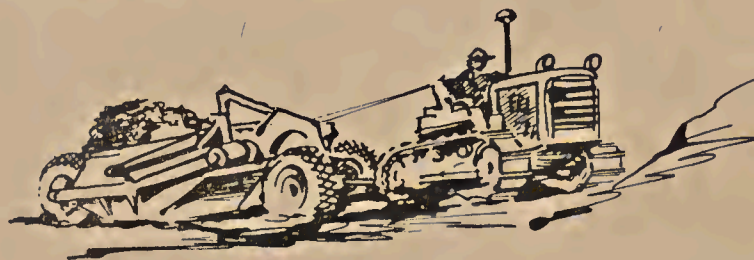
Las disposiciones legales no son siempre fiel reflejo de la realidad histórica, pero dan indicaciones útiles para la interpretación del período en que surgen. En la Novísima recopilación, promulgada en tiempos de Felipe II, encontramos la derogación del precepto que impedía allí la admisión en las corporaciones de oficios de los hijos ilegítimos; también se declara en ella que el ejercicio de una profesión no impide el de cualquier otra, siempre que se demuestre la idoneidad requerida por medio de la carta de examen; también se habilita a las mujeres para ejercer todas las labores propias de su sexo y de sus fuerzas y se encarga a los corregidores y justicias la inspección de los oficios mecánicos, para que los menestrales cumplan bien sus tareas y se ajusten con exactitud a los contratos de aprendizaje, estatuyendo privilegio para el cobro de los créditos de los menestrales, artesanos, jornaleros y criados de toda clase; respecto de las deudas activas de los artesanos y menestrales contra las clases distinguidas y privilegiadas, desde el día de la interpelación judicial corran por la demora y retardo del pago a beneficio de dichos artesanos y menestrales los intereses del

6 por 100 para resarcirles del daño que sufran por la demora y para avivar de ese modo el pago; prohíbe que se arreste a los artesanos y labradores por deudas civiles y motivos fútiles, y que se les embargue o venda los instrumentos de sus oficios o labores. Atribuía también a los concejos la tasación de los salarios con arreglo al precio de las viandas, una intervención que iba desapareciendo ya. Pero tan sólo la real provisión del 29 de noviembre de 1767 autorizaba a los jornaleros para que concertasen sus salarios con los dueños de las tierras en que trabajaban, retirando al concejo esa atribución que ejerció durante siglos.

Contra la ociosidad, que había arraigado tan hondamente en un pueblo dinámico y laborioso por tradición, una ordenanza del 7 de mayo de 1775 declaraba vagos a los que abandonasen por tres veces la labranza o el oficio en los días de trabajo, y a los que sin aplicación, oficio ni servicios se mantenían con varios pretextos y concurrían con frecuencia a cafés, botillerías y mesas de truco, tabernas y otros sitios de recreo, permitidos para alivio del trabajador, pero no como fomento del vicio.

En 1788 se dictaron disposiciones gubernativas para abaratar el precio de la vivienda en Madrid, vivienda desprovista de toda higiene. El 26 de mayo de 1790, en tiempos de Carlos IV, se permitió a los operarios que no quisieran someterse al examen del gremio de su clase, ejercer su profesión si la autoridad certificaba su competencia, lo cual era indicio de abusos por parte de las corporaciones gremiales. Reales decretos y cédulas de 1793 tienden a suprimir los gremios en las industrias en que resultaban perjudiciales para su desarrollo y eran incompatibles con los adelantos de la fabricación. Se permitió también a obreros extranjeros establecerse en España, pero se encargó al tribunal del Santo Oficio de la Inquisición que no persiguiera a los operarios o fabricantes extranjeros que no profesaran la religión católica, siempre que se abstuviesen de dar escándalos o malos ejemplos con sus ideas religiosas; aunque de esas normas de tolerancia se excluía a los judíos expresamente.

FIN



Raíces de poblamiento y civilizaciones del continente americano

LAS RAICES ANTROPOLOGICAS

L A síntesis general que establezca de forma oficial las etapas primitivas del poblamiento de América no está establecida, pues siempre existe una esperanza que nuevos descubrimientos vendrán a dar mayor antigüedad al primer hombre que holló el suelo americano. A cada nuevo descubrimiento un interrogante nuevo se presenta. El litigio, pues, está en la fijación de una fecha que concuerde con los caracteres antropológicos del sujeto y con los arqueológicos de su industria. Así, propónense fechas de 25 mil, de 15 mil, de 10 mil, de 2 mil años. Mientras que el hombre de Folson

y el de Tepexpan se ven atribuidos una edad de 10 mil años y el de Palli-Aike de 8 mil, numerosos sabios en la materia manifiestan prudentemente que la población de América tuvo su iniciación dos mil años antes de nuestra Era. Entre éstos podemos citar al profesor de antropología norteamericano William Howells en su obra «El Hombre, su origen y evolución». Asimismo, la profesora Zambotti en su obra altamente celebrada, «Les Origines et la Diffusion de la Civilisation» manifiesta que los tipos más arcaicos hallados en los centros marginales de América: Tierra del Fuego, Chile y el Brasil, no van más lejos del neolítico europeo. De manera que para la reconstitución del pasado a través de las investigaciones científicas con el testimonio de los yacimientos arqueológicos puestos en orden cronológico, podemos tomar como base de partida, siquiera sea provisionalmente, la fecha del comienzo del segundo milenario antes de nuestra Era. El que testimonios nuevos hagan convenir que la tal fecha (siempre facultativa) debe sufrir una modificación cualquiera, en nada influenciaría la estructura histórica que a partir de esa fecha citada el proceso que los hechos establecidos tiene. Fundamentalmente al menos. El período señalado pues, es uno de entre los varios capitales que jalonan el movimiento migratorio y colonizador del hombre yendo a la ocupación geográfica de la tierra. Período crítico donde se entrelazan la fase nómada y la fase sedentaria. Cuando los dos centros de difusión de la Cultura material y artística, de Egipto y de la Mesopotamia, van extendiendo su influen-

cia por divergentes caminos de propagación, en el crisol del Asia inmensa, se han vertido los elementos de la civilización sumero-accadia por lenta penetración, civilización que se había forjado cuatro mil años antes de la fecha citada, a poco de haber terminado el período de deshielo y comenzado la fase interglacial actual. En las inmensidades del bloque continental asiático, creador y transformador al mismo tiempo de tipos humanos fundamentales, el mongoloide propaga sus derivados antropológicos que irán a fijar los tipos actuales de China, de Mongolia, de Indochina, de los pueblos establecidos en las regiones subpolares árticas y de otros. Mientras que en la China se está elaborando una civilización y una cultura, de altos vuelos con los elementos primordiales propagados por el centro de génesis mesopotámico, del Asia central, atravesando las estepas, alcanzan la Siberia del noroeste los pueblos nómadas, retardatarios, las hordas en constante migración que pertenecen a esa misma raíz antropológica mongoloide. Son poseedores de los elementos de progreso heredados de los cazadores cántabros, rudimentarios elementos de los cazadores cántabros que 30.000 años antes se guarecían en las cavernas del norte de España y del sur de Francia. Los elementos industriales de civilización de los cazadores superiores han sido ya legados a los pueblos errantes que deambulan por las zonas glaciales árticas acompañando al retroceso glacial y junto con los animales que no quieren aclimatarse y siguen la trayectoria de la baja temperatura. Y allí se quedarán desafiando la marcha de los milenios, siendo conservados hasta fecha muy reciente; de forma que, las hordas mongoloides llegadas del Asia Central, luego de un período de concomitancia con los esquimales ocupantes de esas zonas arriba citadas que ha contribuido a enriquecer su bagaje industrial de tipo igualmente francocántabro, iniciarán la gran aventura migratoria que les hará poseedores del continente americano entero desde Alaska a la Tierra del Fuego, desde el Gran Norte a la Patagonia. Su vía de pasaje fue sin duda el entonces istmo de Bering, tesis ésta generalmente admitida; pasaje que posterior-

mente se abriera creándose el estrecho, abismo infranqueable, después, por donde resulta que un mundo quedará ignorado del otro: pero antes que ese fenómeno geológico se produjera, otra u otras avalanchas de neomongoloides ya habían de seguir los pasos de sus predecesores siendo portadores de elementos de civilización y de cultura adquiridos de la influencia china que traspasaba así los primordiales y básicos de origen mesopotámico. De esta manera aparecen los estratos antropomórficos como los étnicos uniformes a todo lo largo del euceno americano que tanto choca a la ciencia moderna. A pesar de este simplismo aparente por la ocupación humana del suelo americano recorriendo un territorio de 14 mil kilómetros de longitud sin obstáculos de carácter interhumano, lo cierto es que este proceso presenta un complejo entretreído de influencias y de radiaciones cuyo mecanismo de difusión aparece a los ojos de la ciencia moderna como una serie de influencias superpuestas. Ley común social de la humanidad en expansión.

Sin embargo, esos colonizadores nómadas no eran los primeros. Al adentrarse hallaron otros pobladores de tipo diferente, es decir, pertenecientes a otra rama humana. ¿Es que son de raíz somática autóctona? No, empero. Eran ocupantes periféricos de otro centro de irradiación humana que por la vía peligrosa y difícil del Océano Pacífico habían fijado asiento en la zona centro-sur en cuyo extremo patagónico sus representantes aborígenes subsisten aún estacionados como estrato inamovible en una zona de extrema periferia. Tracemos a grandes rasgos su aventura migratoria y colonizadora.

Mucho antes de la fecha que hemos dado para la iniciación de la aventura migratoria y colonizadora mongoloide, partiendo del crisol etnoantropológico cuyo medio geográfico de asiento es el tupido archipiélago del Pacífico, tiene lugar un movimiento de pueblos en el apogeo de su ciclo colonizador que se expansiona mar adelante abordando al fin por el pasaje salteado de los hitos isleños en centro y sur americano, formándose los primeros focos de ulterior irradiación en el golfo de California y las regiones anfinas por donde el Amazonas tiene su nacimiento, operándose un desliz de itinerario amazónico, creándose un centro primario civilizador en las regiones atlánticas cerca de su desembocadura. Ellos serán los precursores de todo el proceso evolutivo de los tipos humanos y de las civilizaciones que vendrán, o, al menos, agentes de primer orden.

En el cruzamiento incesante de tipos antropológicos primitivos, el

por Fabián MORO

centro geográfico apuntado de donde saldrán los avanzados que formaron la sociedad americana precolombiana en su parte centro-sur, ha tenido lugar ya una selección nueva, consecuencia de múltiples razas convergentes. Allí se han fundido los representantes premongoloides ya citados con los negroides que a la sazón van dejando huella impercedera en todos los rincones de la Tierra, desde Europa a la India extrema, desde Africa punto de origen hasta la punta sur de América pasando por Australia. Cada tipo nuevo que se abrirá camino en la renovación de capas humanas llevará en sí, como ya lo hemos señalado, el testimonio de su origen, de los elementos antropológicos convergentes que le formaron. Como las razas, las civilizaciones se han fusionado en centros geográficos de convergencia. De esta manera, los pueblos del Pacífico, desarrollados al contacto directo del mar, poseen medios de transporte acuático seguros y una tendencia arraigada en el fondo de su ser por el desplazamiento lejano, duchos como están en esquivar los peligros e inspirados por la «mística» del desplazamiento lejano de desentrañar el misterio del horizonte sin fin. Como los iberos de la lejana prehistoria al colonizar Irlanda e Inglaterra, como los cretenses y los ocupantes de las cicladas colonizando el Mediterráneo oriental siguiendo los pasos de egipcios y mesopotámicos, como los mercaderes fenicios asentándose en los entonces ignotos paraísos ribereños del Mediterráneo occidental, los malayos, los indonesios, los polinesios, los australianos inclusive, poseedores de piraguas gemelas sumamente estables frente a los envites del Océano (que de pacífico no tiene más que el nombre) y de almadías y en ese momento suyo de ciclo preponderante local, emprenden la descubierta y colonización de las islas del Pacífico; y en ese su camino de expansión, acostan en diversos puntos del Continente americano. Son corrientes posiblemente sincronizadas sin querer, que convergerán en el inmenso espacio desierto que se ofrece a ellos virgen, y que es ocupado en el curso de milenios constreñidos acaso por empujes de otras avalanchas humanas que llegan después. Así, cuando viniendo del Norte los mongoloides quieren aposentarse en los medios geográficos propicios a una mejor existencia hallan otros seres humanos que les son extraños. La hipótesis general para explicar el alejamiento extremo de los diferentes tipos humanos que no han aceptado la fusión se basa en el predominio del

● Pasa a la página 17 ●



Del político y los políticos

El autor de este artículo, que por razones políticas se halla en el destierro — destierro que le enorgullece y considera como su Legión de Honor — no le tiene la más mínima simpatía al animal político que hizo de la política oficio y que, por frivolidad, por rapacidad, por ineptitud lo echó todo con frecuencia a rodar. Cuando no se tienen aptitudes — inteligencia, honradez, energía — para dirigir los destinos de una nación, lo mejor es quedarse en casa. Las funciones directivas no son, como el servicio militar, obligatorias. En política son los frívolos o los ineptos — todo es uno o lo mismo — los que con mayor frecuencia se equivocan. Si la equivocación la paga sólo el equivocado es, aunque lamentable, justo. Cuando, como acaece en política, la paga todo un pueblo, es imperdonable.

Y que no me salgan los frívolos, los politicastros de oficio con que eso es demagogia, que no saben lo que quiere decir. Demagogos fueron los Gracos, que supieron morir por la verdad, por la libertad, por la libertad de la verdad. Demagogia es turbarle la digestión al politicastro electorero que va — para salvar a la patria — de banquete en banquete y de vermut de honor en vermut de honor. Demagogia es gritarle las verdades al que no quiere oír. Demagogia es hablarle a cualquier fantasmón de palabra larga y acción corta de los peligros que amenazan a la nación y que el pobre señor, saliéndose por la tangente, pida:

— No me hablen ustedes de política. Háblenme de literatura. De literatura y en España va a estallar de un momento a otro la guerra civil!

Los errores del político de oficio y del aficionado a ese tipo de política son imperdonables. El general Franco — que todo el mundo sabía enemigo peligroso de la República — cumplió, en buena lógica, con su deber, conspirando, sublevándose y lanzando a España a una guerra espantosa. Los que no cumplieron con su deber fueron los que no supieron evitar la conspiración.

¿Querrá esto decir que todos los que ocuparon un cargo de responsabilidad política en la República española fueron unos botarates? No, no; de ninguna manera. Recuerdo algunos que no lo fueron, ni mucho menos. Los demás, excepto algún que otro Pérez Madrigal de mala memoria, fueron más honrados que ladrones, más cultos que ignorantes. Pero carecieron de energía, grave defecto cuando se asumen funciones directivas. Mandar no es dar voces ni lanzar «latiguillos» de melodrama. Mandar es saber hacerse obedecer.

Dejemos, pues, en paz, a los politicastros — a condición de que

UN libro abierto sobre la mesa. Puede que el lector se diga: ¿Otra vez los libros?

Sí, otra vez. ¡Y las que te rondaré, morena! El autor de este artículo siente mucha más simpatía por los libros que por los hombres. La mayoría de los hombres le parecen, por su mediocridad, por su turbio trasfondo, torpes y rencorosos. Sobre todo los que hacen política... o la deshacen.

nos dejen ellos en paz a nosotros —, dejémosles con su gárrula fraseología de bazar; huyamos su compañía y refugiémonos en la de los libros.

Tengo uno en este instante abierto sobre la mesa. Se titula *El sendero inmóvil*. Lo firma Fernando Valera.

¿Pero en qué quedamos? ¿No es Fernando Valera un político? Sí, señor; lo es. Pero a su manera, en nada parecida a la del logrero y el frívolo. Lo es con inteligencia, pulcritud y probidad. Y, sin presumir de ella, con mucha hombría. Por ejemplo: cuando el Gobierno de la República abandonó Madrid, Fernando Valera se quedó. (Lo cuenta Eduardo Zamacois en su libro *El asedio de Madrid*. ¿No os parece un dato importante?)

Me levanto, voy a una de las estanterías, cojo otro libro. Es un libro encuadernado en rojo, editado por Aguilar en Madrid el noveno año de la era franquista. Es el tomo I de las *Obras Completas* de Azorín. En la página 911 —segunda parte de *La Voluntad*— leo: «...No hay cosa más abyecta que un político: un político es un hombre que se mueve mecánicamente, que pronuncia inconscientemente discursos, que hace promesas sin saber que las hace, que estrecha manos de personas a quienes no conoce, que sonríe, sonríe siempre con una estúpida sonrisa automática...»

Cierro el libro; cojo otro del mismo autor del tomo IV de dichas *Obras Completas*. Lo abro y en la página 283, en el prólogo a *De Granada a Castelar*, leo: «...Nunca ha habido en nuestro país tan honda separación entre la política y la inteligencia. La política es un desierto erial, un erial de ideas y sentimientos.»

Cojo el libro. Lo pongo junto al otro en la estantería. Y pienso: Fernando Valera no pertenece, afortunadamente, al tipo político aludido por Azorín. Fernando Valera es un político de vasta cultura y fina sensibilidad. No hay que olvidarlo.

Ni hay que olvidar que Azorín, tan amigo de decir hov blanco y mañana negro, cantó las virtudes y excelencias de Juan de La Cierva, el politicastro cerril que, cuando los más grandes intelectuales de Europa protestaban — respondiendo al llamamiento de los

franceses capitaneados por Anatole France — contra el asesinato de Francisco Ferrer, soltó, como si soltase un par de coces — por algo era de Mula — la siguiente estolidez: «La protesta de París contra la ejecución de Ferrer es obra de los apaches». Da risa, una risa amarga como la bilis, pensar que semejante cabestro era por aquel entonces ministro de la Corona. Y da risa, una risa amarga como la bilis, el elogio de Juan de la Cierva hecho por Azorín.

No, no: Fernando Valera no pertenece a esa camada. Su concepto de la política es otro. Y otra su manera de ser político.

Antes de conocerle personalmente me habló de él en Valencia, creo que en 1928, un hombre que no iba a misa.

¿Que no iba a misa? ¿Y eso qué tiene que ver? Sí, si tiene qué ver pues aquel hombre, cuyas palabras recuerdo bien, me dijo:

—Don Fernando es un santo.

Era un hombre joven —no llegaba seguramente a los treinta— de lúcido entusiasmo, de pensamiento nada vulgar; un hombre joven y sin pizca de frivolidad, más amigo de los libros que de las tabernas; un obrero, pero un obrero con mucho señorío espiritual, que es el señorío por excelencia.

Añadía a continuación:

—Don Fernando es de los que no engañan.

(Lo que podía traducirse así: no es como la mayoría de los políticos.)

¿Qué se habrá hecho de aquel joven que una noche de primavera en Valencia, saliendo del Teatro Apolo, me hablaba de Fernando Valera con tanto fervor, con tanto cariño, con tanta admiración? ¿Se habrá muerto de hambre, por honrado, en la España donde, desde 1939, sólo pueden vivir bien los ladrones? ¿Lo habrá fusilado Franco, por republicano? ¿Estará en el destierro como Fernando Valera?

Años después, al leer la novela de Zamacois que, con el tercer tomo de *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, es el documental más importante acerca del Madrid sitiado, me acordé del mozo valenciano y me dije:

—Tenía razón, Valera merecía por su actitud, la estimación de los hombres que saben claramente lo que es dignidad.

Se fueron otros años más y le

por Luis CAPDEVILA

vi a Valera en un pueblo montañoso donde él y yo, trabajadores, pasábamos las vacaciones. Era un hombre alto, recio, con gafas.

—Usted es Fernando Valera.

—Y usted Luis Capdevila.

Seguimos juntos el paseo. A los pocos instantes me sentía, ya, amigo suyo. Y pensaba, de nuevo: —Tenía razón el valenciano que una noche en Valencia me habló con tanto elogio de este hombre bueno y sabio.

(Otro gran amigo mío, el profesor Amédée Mas, bueno y sabio a su vez, cuando quiere alabar el libro de un gran poeta, de un gran novelista, de un gran filósofo emplea de preferencia, ateniéndose al concepto platónico, el adjetivo «bueno». Bondad de la obra porque es bella. Bondad de su creador porque tiene talento.)

Fernando Valera no es uno de esos levantinos demasiado locuaces, demasiado exuberantes, que se rien fuerte, hablan a voces y le dan a uno, a cualquiera, al primero que llega, grandes abrazos y fuertes apretones de manos. Fernando Valera es, como en su obra de escritor y de político, un hombre serio, correcto, sencillo, señor, de una cordialidad que, por buen gusto, rehuye lo detonante y espectacular, lo de puertas afuera, de mentirijillas.

Aquel día de nuestro primer encuentro Fernando Valera, político desterrado de España por sus ideas políticas, me habló de San Agustín, de Maimónides, de Plotino, de León Hebreo, de Nietzsche, el trágico solitario de Sils María.

Y yo pensaba, adjetivando como el señor Mas: —Es muy bueno.

Hoy, bloqueado en casa por la nieve y con un catarro mayúsculo, leo este libro de Fernando Valera: *El sendero inmóvil*, título que me recuerda el libro de un gran escritor al que, a pesar del extraordinario talento que tuvo un día, no se le puede —por lo poco que en él vale el hombre— calificar de bueno. *El sendero inmóvil*, en cambio, es la obra de un hombre de esencial, de potencial bondad. Y de auténtica sabiduría. Sabio sin pedantismo, sin posar de sabio para la galería ni —lo que es peor— para los que mal digieren una cultura al alcance de todas las fortunas para lucirla, como una flor en el ojal, ante la galería.

El sendero inmóvil. Lo constituyen unas meditaciones o soliloquios en las que su autor, hablán-



Raíces y poblamiento del continente americano

● Viene de la página 15 ●
 más fuerte o más evolucionado que expulsa al otro, el cual debe huir a los parajes inhóspitos extremos. Sin querer negar que una tal proposición sea cierta en algunos casos, que sin embargo no constituyen una regla, ésta se presenta constante a lo largo de la historia humana en el hecho de no querer aceptar la fusión o la asimilación de las nuevas formas de vida de los recién llegados prefiriendo el alejamiento aislado que les permite conservar sus costumbres ancestrales y su perennidad étnica, sea por repulsa a toda asimilación nueva, sea por incapacidad síquica de adaptación a un nuevo modo de vida, sea aún por estancamiento de la voluntad individual y colectiva que expulsa toda concepción evolutiva. Y la prueba viviente la tenemos en los numerosos grupos humanos que en el presente son incapaces de asimilarse a la civilización moderna estancados en su fijismo aborígen en los parajes de la extrema periferia de irradiación, en el modo de vida de los llamados pueblos salvajes estancados en un fijismo milenarismo, fenómeno retardatario donde su primitivismo perdura sin variantes en África, en Asia, en América y en Australia y en Oceanía. Así, la teoría corriente del sistema propuesta en la fórmula sedicentemente histórica del quitate de ahí para ponerme yo, me parece arbitraria.

La constante general histórica es, sin embargo, en el movimiento

Del político y los...

dose a sí mismo, en-si-mismado, habla para los demás, para los que poseen personalidad propia y no postiza y amorfa como los de la galería. Hablar para sí por respeto a los demás, por generosidad hacia los demás. Todo escritor —poeta, novelista, ensayista— que a un tiempo no hable para sí mismo y para los demás cae en pecado de esterilidad y suficiencia.

No es que toda creación literaria tenga que ser forzosamente mensaje, concepto del que, frecuentemente con fines bastardos, se ha abusado en estos últimos tiempos, en los que todo el mundo se sentía mensajero. La voz comunicación me parece más adecuada. Más que mensaje, comunicación. Escribir es comunicar. Comunicar anhelos, inquietudes, conocimientos, esperanzas, lección de ser y estar en su tiempo.

Montaigne habla en sus *Ensayos* —el más fino, el más simple, el más inteligente modelo de comunicación— de los hombres como Valera. Dice que son «almas universales, abiertas y prestas a todo».

Luis CAPDEVILA

continuo de la humanidad, la fusión de culturas y de civilizaciones prevaleciendo en último extremo la más evolucionada que ha adaptado lo que de aprovechable la inferior tenía y el mestizaje de las razas dando unas y otras nuevas formas. Y esto es lo que se produce en el proceso histórico que nos ocupa. Vasto proceso cuyo mecanismo nos es vedado detallar dado el limitado espacio que poseemos.

Concretamente, en diferentes períodos de su historia, el hombre ha ocupado América por dos vías principales de penetración: una por tierra y por el Norte, otra por mar y en las regiones centro sur. Los unos originarios del Asia, los otros de Oceanía, de Australia, de

la Malasia, de la Polinesia y de la Indonesia. Cierta hipótesis presupone que los primeros conquistadores de América eran los representantes de tres capas raciales: la primera, negroide; la segunda del tipo moreno dolicocéfalo que se asemeja al tipo llamado mediterráneo; la tercera australiana. De entre todos los tipos humanos que en poco o en mucho han contribuido a formar los pueblos de América, el que prevalece incontestablemente es el de procedencia mongoloide en sus diversas fases antropológicas, siendo él asimismo llamado a transportar los elementos de civilización y de cultura donde se asentarán las organizaciones colectivas de la humanidad amerindiana. F. MORO.

ALFONSO REYES

● Viene de la página 7 ●

Alfonso Reyes es un gran mejicano de espíritu universal que escribe no sólo para su patria sino para el mundo; pues como dice Schiller: «Sería pobre el ideal de escribir para una sola nación». Y él tiene la capacidad humanística de extender su mensaje más allá de las lindes nacionales. Su ser es un venero de ideas aprovechables por los espíritus selectos de todas partes. De los selectos porque sus libros no son para las masas, no tienen por fin el entretenimiento pasajero sino la meditación apacible y el goce refinado. Con su pluma, exquisita, «Lenguas del alma», habla en tono coloquial, jamás con elocuencia sino con persuasión pausada. La elocuencia solivianta las emociones, fáciles al aplauso, pero turba el manso recogimiento apostólico del sembrador de ideas. La preocupación dominante en el autor de tantos y tan bellos libros, dice Luis Garrido, ha sido la de incrementar la calidad espiritual de nuestras letras. La espiritualidad inherente al mejicano, en Reyes se ha manifestado por ese impulso al elevar el tono literario de las formas perfectas y eternas, a mostrar con el ejemplo que no es posible ser un gran escritor sin una disciplina de cultura, ya que el genio solo no basta para triunfar.

Su estilo

Desde muy mozo, como dice de otro poeta, «una lumbrera de finura estética, ardía ya dentro de sus ojos».



ISIDRO FABELA



PASTORAL

Rosana cortaba lirios y los prendía en su pelo, rubio como las espigas del trigo amarillento.

Qué bella estaba Rosana, cercada por sus corderos, en medio de una pradera de verdoso terciopelo, con un recental al brazo, cuyo balar lastimero era el lánguido quejido de un huérgano corderuelo.

No hay bucólico paisaje de Watteau, como ni lienzo que compararse pudieran con el que mis ojos vieron aquella tarde tranquila de sol, en los Pirineos, cuando el éxtasis del campo dormía entre los robledos.

Dulce paisaje de junio bajo un sol de añil intenso, con verdeantes colinas flotando en el reverbero de la luz de los glaciares, y hondos valles en silencio con horizontes nevados de macizos gigantes tallados como diamantes que se hundían en el cielo.

¡Ay, silencio de los valles, praderas de terciopelo, abullonadas colinas, prados, fuentes arroyuelos, macizos resplandecientes por la luz de los heleros, en una tarde de junio radiante de sol intenso, con nevados horizontes en los Altos Pirineos!

¡Rosana la bearnesa, conductora de corderos, hija de una dinastía de pastores y vaqueros, qué bella estabas la tarde cuando te ví, no de lejos, cuando lirios azules y prenderlos en tu pelo, con un recental al brazo que hociqueaba en tus senos!

DOMINGO IGLESIAS

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 1350756
 Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
 Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
 Trimestre 2,10 NF
 Semestre 4,20 NF
 Año 8,40 NF
 Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)
 América del Norte 15,40 NF
 América del Sur 19,00 NF

NOTAS PARA INTEGRAR A LAS GENERACIONES DEL 40 Y DEL 50

NUEVOS PROSISTAS CHILENOS

● Conclusión ●

Enrique Lafourcade (1927), otro de los escritores jóvenes que para mí fué una revelación en Santiago, es un muchacho de atlética prestancia — nada de levantamiento de pesas, más bien acrobata mañanero, a la orilla de la cama, o boxeador de foyer de teatro, matinée, barrio alto, o simplemente heredero, un tanto sorprendido, de la musculatura de la familia — de pícaro temperamento bromista y de una seriedad fundamental que entenece y desconcierta. A las reuniones del Encuentro de Escritores en Concepción asistió en camiseta y fumando puros; en esa tenida — ligeramente jamesdeana — dirigió la Canción Nacional; en cambio, vestido de azul cantó tangos de Gardel y los cantó bien, que los ritos que escuchaban lo tomaron por argentino y le quisieron pegar. Crítico de arte, se casó con la bellísima pintora María Luisa Señoret. Escribe cartas y emite opiniones que provocan escándalos. En su obra de mayor aliento, «Pena de muerte», aborda un tema escabroso: la desintegración de un artista frustrado cuyo homosexualismo le empuja hacia un vértice de

corrientes místicas y sentimentales. Con fino instinto Lafourcade desata los nudos pasionales y los exalta en un plano de desesperación universal. Busca las zonas del espíritu en el que el hombre derrotado y sus ángeles adolescentes empiezan a comprender el sentido trascendental de su caída. De la dolorosa conciencia de vivir, del convencimiento de que se padece por «demasiadas gentes» y de que el hombre lleva a flor de piel el sumum de la escoria, de la insatisfacción permanente y progresiva que la mueve hacia su destrucción, la pequeña humanidad de Lafourcade — condenada a «pena de muerte» — extrae cierta vaga esperanza que, sumergida en sórdidos, detalles no basta para redimirla. Del existencialismo francés e italiano Lafourcade parece haber adquirido una predilección por la parábola de índole social y filosófica. El cuento de la vieja y los cardos — «el amor humano hace del acto monstruoso algo bello» — nos trae a la memoria el episodio de la enana en «La pelle» de Malaparte. Hondo, audaz, sombriamente lírico, Lafourcade crea una literatura inquietante, sin parangón en la novela chilena.

No sé en qué año nació Jaime Valdivieso: es un joven alto, de mirada alucinante, crespo y jugoso, que habla hasta por los codos mientras se pasea a grandes zancadas y que llegó a verme en motoneta. Cada vez que me visitaba, antes de que se fuera, — consciente yo de su valor literario y deseoso de preservarlo para mi patria — le contaba todos los accidentes de vespistas que había leído esa mañana en «El Mercurio»: las narices rotas, los brazos dislocados, las piernas por el aire, toda esa historia que llevan las micros escritas en el parachoque y los taparrabos. Valdivieso oía, se ponía los guantes, se enrollaba una bufanda al cuello y salía con el escape abierto haciéndole el quite a una vaca que todas las noches se entraba a comerme las flores en el jardín. Leí «El Muchacho» en manuscrito. No tardé en darme cuenta de su significación, pero con toda franqueza le señalé a Valdivieso los defectos que allí veía, la posibilidad de corregirlos y le recomendé que volviera a trabajar en ciertos detalles del relato. Acabo de recibir el libro ya impreso y lo he vuelto a leer. Descartemos los errores tipográficos. Los linotipistas dicen que libro sin error tipográfico no sirve porque no tiene nada con qué mantener despierto al lector.

Supongo que el libro de Valdivieso será considerado como un «documento humano», es decir, una especie de confesión, casi un exabrupto o, mejor dicho, un desacato. En verdad, en él hay más arte de lo que parece; es un arte que no depende de virtudes clásicas y académicas, sino de dos factores más bien neo-románticos: heroísmo y emotividad. En el «muchacho» de la historia hay pasta de héroe moderno. Su rebeldía no admite definición, su angustia es vaga, su sensualismo es concreto y directo, su insatisfacción, no obstante es metafísica. No hay una salida para la violenta y poética concepción de su angustia. Todo objetivo tradicional, todo lo que pueda ser burgués — él lo llamaría «adulto» — es una mentira o un convencionalismo. Su verdadero objetivo es no tenerlo, es decir, su meta es el camino que debe recorrer, en sí, en su total carencia de orden y definición. El símbolo de la generación, que en los EE. UU. se llama «beat generation» — el Muchacho sería considerado un «beat» en los Estados Unidos — es la carretera, la autopista desnuda, limpia, infinita, por donde el héroe corre desbocado, vertiginoso, pero sereno, con la serenidad blanca de una naveja abierta, a través de las llanuras, de valles y praderas y pequeños pueblos donde se detiene a penas lo necesario para descubrir el amor en una cópula rápida, cruel, trascendental. Acaso el Mu-

chacho de Valdivieso corre en motoneta. No va tan rápido, seguramente, pero va igualmente iluminado y con la misma carga en los riñones. Se dirá que el Ideal de Goethe sale nuevamente al camino. Es posible. Jack Kerouac — el novelista que mejor ha interpretado su generación, «beat generation», en los EE. UU. — dice en «On the Road», refiriéndose a sus compañeros de vagabundaje: «¿Cómo los llamaban a estos jóvenes en la Alemania de Goethe?». Los muchachos de la chaqueta negra de cuero, estrechos pantalones, botas asesinas, pálidos y crespos o ondulados, de boca roja y ojos inyectados por la marihuana, de brillantes manoplas, los violadores de hoy, los silenciosos asaltantes, los mismos que se desploman llorando como muchachas bajo los despiadados cadenzos de la policía, tuvieron su contraparte en los Pimpinelas de la Revolución Francesa, en los poéticos típicos de chalecos rojos amadrinados por madame de Staël, en los mártires que caían desangrándose con la flor en los labios, en los bandidos adolescentes que cantaban su amor en manadas a la luz de la luna, junto a las orillas del Rhin o en la Selva Negra. Ayer fueron románticos, hoy son «beatniks». Ayer chocaron con el medio, hoy chocan con un Cadillac — ¡pobre M. G. de hojalata! — ayer sucumbían contagiados por el «mal du siècle», hoy se hunden en el sofá del psiquiatra y salen a morir en la carretera enfermos de velocidad.

El Muchacho de Valdivieso no tiene aún a mano los recursos de sus parientes más sofisticados, pero no les va en zaga. Cada palabra suya es un mandoble asestando medio en la cabeza de los literatos. Es un pariente muy cercano del muchacho que describe J. D. Salinger en «The Catcher in the Rye». El arte de Valdivieso es el arte de la sinceridad agresiva, su humorismo está hecho con los desgarros de una adolescencia solitaria, muy sexual, muy viril, muy desesperada; su poesía emerge pura, intensa, ruda, en el descubrimiento de cada cosa, de cada emoción, de cada palabra, tanto en el descubrir como en los objetos mismos que descubre. Su milagro consiste en levantar de un hacinamiento de cosas disímiles e incongruentes — este libro es como el traje estrecho de un adolescente a quien le sobran manos para las mangas y canillas para los pantalones — e incluso de cosas feas, una imagen temblorosa de vida, amante, enamorada, imagen que a ratos es Dios, a ratos un pequeño paisaje, a ratos un amigo, un hermano y siempre es mujer, deseada, poseída, pero inalcanzable.

FERNANDO ALEGRIA

FESTIVAL «SOLL» EN PARIS



Simone Chobillon, conductora del espectáculo.

MESA REVUELTA LIBROS * LIBROS * LIBROS NOTICIARIO

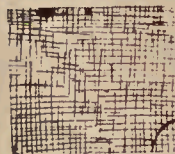
Baja temperatura.

Francfort. — Una carta echada al correo hace diez años, acaba de llegar a la señora Claudia Wagner, que la ha abierto en presencia de su esposo. «¿Es una carta de amor?», preguntó socarrón el marido. La señora Wagner, con un gesto triste, contestó afligida: «Sí... tuya...»



¿Camino de la paz?...

Los oficiales ingleses seguirán un curso de cocina. El Estado Mayor británico ha decidido enseñarles, de forma experimental, el arte de alimentar lo mejor posible a un soldado por 30 pesetas diarias.



La industria pañera de Sabadell-Tarrasa ha conseguido importar dos millones de kgs. de lana extranjera, falta de lana española.

Al preguntar a la Junta Nacionalsindicalista (Sección Textiles) por la escasa producción lanera española, los fabricantes catalanes se vieron así contestados:

«Nuestras ovejas nacen calvas.»



El gobierno japonés ha decidido instalar en el corazón de la jungla de la isla de Lubang, diez estafetas postales destinadas a recoger los mensajes de los soldados que, aislados en la selva, esperan todavía el fin de la segunda guerra mundial.



No es obrero.

La prensa de Washington ha publicado en la Prensa que el hombre que percibió más alto sueldo en 1957 es Arthur B. Homer, cobrando en total 623.336 dólares. Es presidente de la sociedad «Aciers Bathleem» y no se tiene noticia de que piense pedir aumento de sueldo.



El pintor Erns Schneider, de Nurenberg realizó el cuadro más pequeño del mundo. Su tamaño es de ocho milímetros por diez. Su compatriota, August Diterich, ostentaba el «record» anterior con trece milímetros por diez.

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

- «Atala-René», Chateaubriand, 5,50 NF.
 «El amor y la muerte», Manuel Machado, 2,90 NF.
 «Antología», H. Perdellans, 4,00 NF.
 «La amargura de la Patagonia», R. Darío (hijo), 7,50 NF.
 «El árbol Upas», F. L. Barclair, 1,80 NF.
 «Del amor», E. Faguet, 2,00 NF.
 «Aconcagua», J. M. Sanz, 0,40 NF.
 «Albores», A. Rosell, 1,00 NF.
 «Cervantes», Josefa Tordesillas, 2,00 NF.
 «La condesa Kumiasini», E. Greville, 4,50 NF.
 «Coles y reyes», O. Henry, 1,80 NF.
 «Los conquistadores», A. Malraux, 2,80 NF.
 «Así cayeron los dados», V. Botella Pastor, 7,50 NF.
 «La comedia del sentimiento», M. Nordau, 3,00 NF.
 «Caonex», J. M. Sanz, 6,00 NF.
 «La conquista del pan», Kropotkin, 3,50 NF.
 «Campo arado», E. L. Castro, 6,50 NF.
 «Carteles», Pacheco (dos tomos), 16,60 NF.
 «Dramas», L. de Vega, 350 NF.
 «Los caracteres», La Bruyère, 1,20 NF.
 «Cómo trabajan las cosas», Harrison, 7,50 NF.
 «Canciones y juegos», F. Henius, 3,50 NF.
 «Cartas a sus amigos», F. García Lorca, 5,50 NF.
 «Cotopaxi», J. M. Sanz, 4,50 NF.
 «La cortina de hierro», I. Gouzenko, 6,50 NF.
 «Cartas a un joven poeta», R. M. Rilke, 3,00 NF.
 «La cabaña de la bruja», J. Muñoz, 2,00 NF.
 «La compañera», M. Van der Meersch, 5,00 NF.
 «Cantaclaro», R. Gallegos, 7,20 NF.
 «Cartas completas», L. Chesterfield (2 tomos), 8,00 NF.
 «Tres corazones», J. London, 4,50 NF.
 «Tres camaradas», E. Maria Remarque, 5,00 NF.
 «Carne y espíritu», M. Van der Meersch, 5,00 NF.
 «Crónicas de viaje», J. Ingenieros, 5,00 NF.
 «Cosmópolis», E. Relgis, 3,00 NF.
 «Calunga», Jorge de Lima, 2,60 NF.
 «El casamiento de Chiffon», Gyp, 2,10 NF.
 «Conquistadores del Polo», F. H. Shaw, 2,00 NF.
 «La cortesana de Memphis», Castaner, 3,20 NF.
 «Caballero de las botas azules», Rosalía de Castro, 6,00 NF.
 «Las doctrinas de Ameghino», J. Ingenieros, 4,50 NF.
 «Dialéctica sacrilega», A de Carlo, 2,50 NF.
 «Discurso preliminar a la enciclopedia», d'Alembert, 8,00 NF.
 «Don Quijote», Cervantes, 18,00 NF.
 «Degeneración», Max Nordau (dos tomos), 18,00 NF.
 «18 años en Roda», G. Wagnière, 8,00 NF.
 «Dorotea la volatinera», M. Lemoine, 3,75.
 «Jardin de Perlas», 1 tomo. (Tela).
 Molina, Enrique «Filosofía americana», 1 tomo. (Tela).
 Navarro Reverter, Juan «Páginas escogidas», 1 tomo. (Tela).
 Pérez, E. «Cirugía política», un tomo.
 Piñeyro, Enrique «Retratos, Bocetos, Recuerdos». (Obra póstuma). 1 tomo. (Tela). 3,80.
 Ugarte, Manuel «La Novela de las horas y de los días», 1 tomo. (Tela). 3,80 NF.
 Vargas Vila «Camino de tragedias», 1 t. (Rústica). 3,00 NF.
 Quevedo «Vida del Buscón» (Volumen 5.) Prólogo y notas de L. Santa Marina, 5,00.
 R. de Gourmont: «Física del amor» 5,70 NF.
 H. A. Stone: «Manual del matrimonio» 6,85 NF.
 Pedidos a Roque LLOP
 24, rue Ste-Marthe, Paris (X^o)
 C C P 1 3 5 0 7 5 6, Paris

En Barcelona toca a su fin el rodaje de la película «Amor bajo cero». Escenas complementarias serán tomadas en La Molina (Pirineo). La trabajan Conchita Velasco, Katia Loritz, Tony Leblanc, Jorge Rigaud, Amelia Bravo, Marta Padovan, Angel Jordán, Matilde M. Sampedro, etc., bajo guión de A. Vich y P. Massó, todos bajo dirección de Ricardo Blasco.

Criterio del comediógrafo Buero Vallejo sobre el público: «Unas veces acepta con entusiasmo cosas muy buenas; otras rechaza con ardor cosas igualmente buenas, y también acepta o rechaza cosas muy malas. Toda especulación de considerarlo prácticamente infalible, o por el contrario generalmente equivocado, ha sido siempre, para mí, en virtud de lo que acabo de decir, imposible. Cabe sólo deplorar la frecuencia con que presta su adhesión al teatro más deleznable y suponer que cuando la presta al de gran calidad está salvándose a sí mismo.»

Programa «Festival de España 1960» (verso, ballets, musicografía) previstos para atracción de forasteros: mayo: Puertollano, Córdoba, Lérida; junio: Jaén, Cartagena, Toledo, León; julio-agosto: San Sebastián, Santander; agosto: Coruña, Avilés, Cádiz, Málaga, Huesca, Elche, Jaén, Priego de Córdoba; septiembre: Valladolid, Albacete, Cáceres, Sevilla.

Según informan desde Moscú, en dicha ciudad ha sido encontrada una partitura inédita de Beethoven comprada por un ruso en Viena en 1927. Se indica que dicha pieza lleva fecha del año 1802, pero no se da nombre ni características de la misma.

C.N.T.F. y «Solidaridad Obrera» (soporte moral y en parte económico de este Suplemento Literario) organizan el Festival solidario y de fraternidad antifascista que con tanto éxito vienen celebrando una vez al año en las mejores y más amplias salas de París. Este año se han agenciado la colaboración de los artistas Georges Brassens, Michèle Anaud, Jean Yanne, Léo Campion, Yvonne Solal, un número español, un trío mejicanista, además de otros artistas también de mérito cabal. Solicitar participación de espectador al precio de 400 francos. La Redacción del Suplemento Literario de «Soli» ruega a sus amigos y a la vez favorecedores que el 24 de abril a las 3 de la tarde en el «Palais de la Mutualité» nos honren con su presencia.

Nuestro querido amigo el historiador Hem Day en su cuaderno 12 de «Pensée et Action» estudia las figuras de dos grandes pacifistas Barthelemy de Litg y Domela Nieuwenhuis. Nuestro Servicio de Librería recomienda dicha revista a sus lectores.

Cuadro familiar unamuniano

ADA uno de los sonetos que componen el «Rosario de sonetos líricos», es digno de exégesis detenida, pues encierra siempre una idea densa, sea original o sugerida por lectura de autor extraño.

En efecto, el soneto que vamos a analizar rápidamente y que lleva por título «Dulce y silencioso pensamiento», tiene como base precisamente las palabras de Shakespeare, que escribe: *sweet silent thought*. El soneto es original, pero la idea, como en otras muchas ocasiones, es prestada.

El pensamiento del autor inglés le sirve a Unamuno para cerrar de modo admirable el soneto que construye. Eso quiere decir, a lo que entiendo, que Don Miguel componía, de ordinario, trece versos, con pensamientos propios, y los cerraba con idea nacida de matriz extraña en numerosas ocasiones.

Este juicio que formulo, no tiene sino a confirmar lo que dije en un trabajo antiguo, es decir, ¿acaso Don Miguel empezaba sus sonetos por el último verso? (1)

Lo interesante, sin embargo, no es lo que los otros dijeron, sino las ideas que las palabras de los demás despiertan en el alma de nuestro españolísimo autor. He aquí el soneto:

Dulce silencioso pensamiento

En el fondo las risas de mis hijos:
yo sentado al amor de la camilla:
Herodoto me ofrece rica cilla
del eterno saber y entre acertijos
de la Pitia venal, cuentos prolijos
realce de la eterna maravilla
de nuestro sino. Frente a mí en
su silla
ella cose y teniendo un rato fijos

mis ojos de sus ojos en la gloria
digiero los secretos de la historia
y en la paz santa que mi casa
encierra.

al tranquilo compás de un quieto
aliento
ara en mí, como un manso buey la
tierra.
el dulce silencioso pensamiento.
(CXIV, 10-XII-1910)

El primer verso es en extremo significativo:

En el fondo las risas de mis hijos...

Si algo puede deleitar al vasco altivo, a quien nada ni nadie puede doblegar, es la vida familiar, las risas de los hijos, el jugar inocente de pequeñuelos que lo llenan todo de risas y de gritos. El hombre se siente, ante todo, padre y, como tal, lo justifica todo, aunque le causa molestia.

Notemos que nuestro autor no habla de hogar feliz o desgraciado.

(1) Cf. Chicharro de León, *El arte de Unamuno en el «Rosario de sonetos líricos»*, Cuadernos, nº X. Salamanca, 1960.



sino de «risas infantiles» (1), en tanto el pensador, el padre-filósofo, sentado al amor de la camilla (2), que le ofrece bienestar en invierno, lee a Herodoto, seguramente en el texto griego, que le sirve de distracción y entretenimiento, al tiempo que le procura rico venero de ideas que desarrollará más tarde (2-6).

He aquí un padre feliz, que se

veo hoy en mis mismos escritos el desarrollo interior de ella... Entonces me refugié en la niñez de mi alma y comprendí la vida recogida, cuando al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación viniendo a mí: ¡Hijo mío! Entonces me llamó ¡hijo, hijo!».

La idea de eterna niñez no abandona a Unamuno. Al pensar en sus entretenimientos profesio-

nales, en su misión de director de almas jóvenes, nos dice:

Niño viejo, a mi juguete,
el romance castellano,
me di a sacarle las tripas
por mejor matar mis años... (**)

Pensamientos análogos pueden leerse en la carta, escrita en francés, que Unamuno dirige desde Hendaya (sin fecha) a Maurice Martin du Gard (Cf. M. Martin du Gard: *Vérités du moment*, Editions de la Nouvelle revue critique, Paris, 1928, págs. 89 y sigts.).

Este pensador ibero, que echa de menos la cama de su mocedad (Cf. soneto XV), halla extremo agrado en su hogar y, en tanto fija sus ojos en los de su mujer, que cose en silencio (7-9), se cree en la gloria y nota que el dulce silencioso pensamiento sigue su curso inspirador de ideas.

Para un hombre que cree poseer un «espíritu de cuáquero», que considera el matrimonio «como el mal menor del mundo» (carta a Arzadun, 18 de diciembre 1890), no es poco que el hogar, el cuadro familiar, le procure regocijo y calma.

En efecto, la vida familiar le satisface, pero el amor, un tanto intelectual en él, no deja de tener ribetes de frialdad, si no de convencionalismo, como tuvo oca-

(**) *Antología poética*, Austral, Buenos Aires, 1946.

sión de observar al analizar el soneto «CIV». No se trata de pasión, sino de acomodamiento, de una disposición de hombre dispuesto a procrear y que, como dice a Arzadun, considera al matrimonio como «cosa seria» y se resigna a aceptar «toda su prosa».

Serrano Poncela («El pensamiento de Unamuno», Mexico-Buenos Aires, 1953, pág. 191), puede escribir con razón sobrada: «...En la vida de Unamuno todo hace sospechar que no hubo frustraciones ni inhibiciones eróticas, y su experiencia hogareña, voluntariamente sometida al afrodisíaco que significa el hogar con su cinturón de esposa, hijos y nietos, corresponde de hecho a la puesta en práctica de una actitud radical frente a la mujer y las relaciones sentimentales entre ambos sexos.»

El amor no significa exaltación en Unamuno. Se trata de un deber conyugal puro y simple.

En suma, nuestro desconcertante pensador, este hombre digno de canonización, si no como santo, al menos como sér, como individuo completo y cabal, halla instantes placenteros en la vida hogareña (***). No le molestan las risas ni el ruido de los pequeños y muestra íntima complacencia al contemplar a su mujer que cose cerca de él. Sin embargo, no toma parte en los juegos de los niños ni nos dice si todo es perfecto en el hogar. ¿No hay sombra alguna? Más tarde se sabrá.

Por ahora sólo existe un hombre feliz ante los suyos en tanto «el dulce silencioso pensamiento» se abre paso en su espíritu y le sugiere múltiples y densas ideas.

(**) Hay articulistas que le conceden a Unamuno una idea única. La afirmación es absurda. ¿Puede existir un sér dotado de una sola idea? Es posible que sea el caso del articulista en cuestión, lo que quiere decir que se trata, no de idea única, sino de idea fija. Hablé en el SUPLEMENTO de «Unamuno, el hereje» y expuse en una conferencia las «Ideas generales de Unamuno». Creo que si nuestro simpático articulista hubiese leído los millares de trabajos que sobre Unamuno se han publicado, en lengua nacional y extranjera, así como las diez o doce tesis doctorales publicadas a propósito del autor vasco, no sólo hubiera cambiado de criterio, sino que no hubiese hablado de Unamuno. No polemizo, pero si las columnas del SUPLEMENTO lo permiten, dispuesto estoy a demostrar que, cuantos han escrito sobre Unamuno, lo han entendido al revés, porque no han leído su obra vastísima, que forma un todo único, sino retazos de ella. Otro día hablaré de Unamuno y Ferrer.